

UN FUTURO SIN PORVENIR

*Por qué no hay que salvar
la investigación científica*

OBLOMOFF

Título de la edición original:

Un future sans avenir. Pourquoi il ne faut pas sauver la recherche scientifique

Primera edición: *Septiembre 2014*

Traducción al español: *Javier Rodríguez Hidalgo*

Índice

Prefacio a la edición española ...9

Prefacio a la edición francesa...17

*El futuro triunfa,
pero no tenemos porvenir.
Declaración crítica de la
investigación científica23*

Aclaraciones

Observaciones preliminares ...39

«Ciencia pura»
y tecnociencia59

La función ideológica de la
noción de «ciencia pura»75

¿En nombre de qué puede
criticarse la investigación?85

¿Qué hacer?,
¿qué proponemos?93

El salario del miedo111

Intervenciones

¿Créditos para qué?139

Esto no es una fiesta149

¿Se puede parar

el tren de la ciencia?

El caso de los indios

de la facultad de Orsay155

La indecencia

de la publi-ciudad

de las ciencias.....163

Disolución de la CNIL.....171

La industria de la biometría

contrata: ¡investigadores

en ciencias humanas!189

¿Podrá salvar al planeta

el proyecto ITER? ¿O sólo

a la economía? ¿O a ninguno

de los dos?195

Lo que pensamos de nuestro destino transgénico	201
¿Quién teme a un futuro radiante?	209
En la Rue Marcel Duchamp ...	217

Prefacio a la edición española

Se trata nada menos que saber si debo someter la conducción de mi vida a la autoridad de los sabios o sólo a las luces de mi propia razón; o, más bien [...] si la ciencia me traerá la libertad o unas cadenas legítimas.

Simone Weil

«Ciencia y percepción en Descartes» (1929-1930)

La Ciencia sigue manteniendo un lugar privilegiado en el imaginario de los países occidentales. El derrumbe de distintos símbolos religiosos y laicos como Dios, la Revolución, e incluso el Progreso, no ha alcanzado a la fe en la práctica científica. Ese es el motivo por el que, en los últimos años, las quejas y las demandas de científicos e investigadores españoles hayan gozado de tan buena acogida entre amplios sectores de la izquierda. Siendo España uno de los países europeos que menos presupuesto dedica a la investigación científica, situación agravada con la crisis económica y las políticas del gobierno del Partido Popular, no ha tardado en fraguarse un discurso que advierte de «la fuga de cerebros» y de las terribles consecuencias que acarrea no invertir en I+D, que mantiene que la ciencia es progreso y crea puestos de trabajo, etc. Asimismo, en el magma mediático progresista ha calado este sonsonete en favor de «la Ciencia», y no es extraño ver desfilar por

platós de televisión a «brillantes científicos» que han tenido que emigrar al extranjero porque, dicen, aquí «no hay dinero para la investigación». Sin embargo, jamás hablan del porqué de la necesidad de la investigación científica, de sus fines y sus medios, o del tipo de mundo que contribuyen a forjar y perpetuar.

Movimientos como la *Plataforma por una Investigación Digna* han realizado una abierta labor de defensa de la Ciencia como razón de Estado. La apuesta por la investigación «de calidad», como forma de dotar al tejido productivo de competitividad y propiciar el cambio hacia una economía basada en el conocimiento, ha estado en el centro de sus reivindicaciones y de sus constantes llamamientos a la «responsabilidad política» para que no dejen caer la inversión en I+D. Desde que las denominadas políticas de austeridad se cebasen con los puestos de becarios e investigadores, los grupos de la tecnocracia se empezaron a revolver inquietos, clamando por una política de Estado que salvase a la investigación de la quema. Pero el Estado les ha reservado, hasta ahora, una pragmática indiferencia: ¿para qué vamos a necesitar científicos en un país de camareros y obreros de la construcción que, además, se encuentran en su mayoría engrosando las filas del INEM?

La ciencia, en nuestro tiempo, no se entiende si no es como ciencia aplicada al sistema productivo. En su

condición subalterna, sometida a la lógica de la ganancia, no puede más que celebrar y alentar los progresos del Estado y de la Técnica, y colaborar, así, con el desarrollo de un modo de vida cuya base es la sumisión. Al haber aceptado alegremente esta función (en la creencia de estar ejerciendo un magisterio científico siempre neutral y apartado de la lógica de la sociedad), los científicos se han condenado a una compartimentación cada vez más minuciosa de su trabajo, a la sujeción a la financiación pública y privada con el único fin de extraer beneficios económicos o ventajas estratégicas militares, y, en definitiva, a ignorar conscientemente *para qué y para quién* están haciendo ciencia. Han aceptado el chantaje, guardando silencio sobre la degradación constante de la propia actividad científica, y siendo cómplices en muchos casos del encubrimiento de la nocividad de la producción industrial, haciéndola pasar por daños colaterales inevitables y, a fin de cuentas, asumibles.

El lloriqueo constante sobre la «fuga de cerebros», se nos vuelve insufrible si contamos con todo lo anterior. Hay «cerebros» cuyas ideas sobre la energía nuclear, la transgénesis, la nanotecnología o la industria química, se encuentran muy lejos de quienes aún aspiramos a una vida en libertad.

Por lo tanto, y en aras de cuestionar el rol que ocupa la ciencia en nuestras sociedades, hemos conside-

rado conveniente editar en castellano *Un futuro sin porvenir. Por qué no hay que salvar la investigación científica* (Francia, 2009), escrito por el Grupo Oblomoff. Los orígenes de este grupo francés se remontan a octubre de 2004, cuando una treintena de personas interrumpieron una asamblea del movimiento *Salvemos la investigación*, y repartieron un comunicado en que denunciaban la complicidad entre la investigación científica, la industria, y el ejército. Los participantes en la protesta eran en su mayoría estudiantes de ciencias sociales y militantes anti-nucleares y feministas, pero unos meses después se les sumaron investigadores y doctorandos en ciencias puras, constituyéndose de esta forma el Grupo Oblomoff. Desde entonces han venido desarrollando una doble actividad en la producción de textos y la realización de acciones de denuncia frente a personalidades o iniciativas del medio científico. Este libro es un compendio de toda esta labor. El primer texto, «El futuro triunfa, pero no tenemos porvenir», difundido en otoño de 2006, fue el fruto de los debates y discusiones que sellaron el nacimiento del grupo, y, ante las reacciones y críticas, en su mayor parte hostiles, que recibió el comunicado, decidieron redactar unas «Aclaraciones» que les permitiera exponer con más sosiego sus puntos de vista. Además, se incluyen en este trabajo un

texto más reciente, «El salario del miedo», así como un inventario de las «Intervenciones» del grupo en distintos actos públicos.

Ediciones El Salmón

Agosto de 2014

Prefacio a la edición francesa

Este libro corrige y actualiza los textos que se habían publicado previamente en un folleto titulado *La Disparition des lucioles* (La desaparición de las luciérnagas), publicado en la primavera de 2008. Ya que esta edición está agotada, hemos creído oportuno otorgarle una difusión más amplia. Los textos ya publicados se reproducen idénticamente, salvo las «Aclaraciones», que han sufrido algunas modificaciones de forma. Hemos añadido asimismo un texto reciente («El salario del miedo») y se ha actualizado la lista de intervenciones del grupo.

La Ciencia (con mayúscula) ocupa el centro de la ideología progresista, que ha legitimado la apropiación del destino humano y terrestre por parte de la industria en los últimos dos siglos. La ciencia (con minúscula), con las múltiples apariencias —a veces contradictorias— con que se enmascara, es esencial en la producción de nuevos procedimientos industriales, de nuevos modos de estar en el mundo, de nuevos objetos; en resumen, de nuevas tecnologías. El Grupo Oblomoff se esfuerza aquí en denunciar los avatares no sólo del cientifismo sino de la propia Ciencia. En un momento en que las tecnologías convergentes están sumergiéndonos, y en que tratan de convencernos de que el capitalismo puede ser ecológico, nos ha parecido saludable facilitar el acceso de estos textos a un público más amplio y con una forma —la de libro— propicia a la reflexión.

...las «verdades» del moderno mundo científico, si bien pueden demostrarse en fórmulas matemáticas y comprobarse tecnológicamente, ya no se prestan a la normal expresión del discurso y del pensamiento. En cuanto estas «verdades» se expresen conceptual y coherentemente, las exposiciones resultantes serán «quizá no tan sin sentido como “círculo triangular”, pero mucho más que un “león alado”» (Erwin Schrödinger). Todavía no sabemos si ésta es una situación final. Pero pudiera ser que nosotros, criaturas atadas a la Tierra que hemos comenzado a actuar como si fuéramos habitantes del universo, seamos incapaces de entender, esto es, de pensar y hablar sobre las cosas que, no obstante, podemos hacer. En este caso, sería como si nuestro cerebro, que constituye la condición física, material, de nuestros pensamientos, no pudiera seguir lo que realizamos, y en adelante necesitaríamos máquinas artificiales para elaborar nuestro pensamiento y habla. Si sucediera que conocimiento (en el moderno sentido de *know-how*) y pensamiento se separasen definitivamente, nos convertiríamos

en impotentes esclavos no tanto de nuestras máquinas como de nuestros *know-how*, irreflexivas criaturas a merced de cualquier artefacto técnicamente posible, por muy mortífero que fuera.

[...] La razón por la que puede ser prudente desconfiar del juicio político de los científicos *qua* científicos no es fundamentalmente su falta de «carácter» —que no se negaran a desarrollar armas atómicas— o su ingenuidad —que no entendieran que una vez desarrolladas dichas armas serían los últimos en ser consultados sobre su empleo—, sino concretamente el hecho de que se mueven en un mundo donde el discurso ha perdido su poder.

Hannah Arendt,

La condición humana, prólogo, 1958

*El futuro triunfa,
pero no tenemos porvenir.
Declaración crítica de la
investigación científica*

El modelo de la ciencia sigue conservando una gran fuerza, imagen de universalidad y de poder en un contexto de trastornos climáticos y de deterioro social globalizado. En medio de todos estos progresos en el absurdo de la vida y de la brutalidad creciente de las sociedades, la investigación es el único ámbito que ofrece una imagen tranquilizadora de continuidad con las épocas pasadas. Un ámbito que parece estar más o menos al socaire de la mezquindad de las relaciones capitalistas. Un ámbito en que, mientras todo lo demás se derrumba, las cosas siguen su curso. Funesta ilusión. Ciertamente siempre será indispensable un corpus de conocimientos establecido con rigor, al igual que la elaboración de técnicas al servicio de las comunidades humanas; pero todo ello es marginal en el seno de lo que hoy se llama investigación y que casi siempre sirve para justificar todo lo demás. La buena conciencia ingenua converge con el peor cinismo en sus efectos, y deja vía libre a todas las aberraciones imaginables. La salvación no consiste en servir de respaldo ideológico a las peores atrocidades. En este periodo turbulento en que, tanto en boca de los investigadores como en el imaginario colectivo, la tecnociencia pretende ser la única vía apta para definir nuestro porvenir común, nosotros, estudiantes, investigadores/as, parados/as y ex creyentes en la capacidad de la Universidad de sal-

varnos de las tareas idiotas o irresponsables, hemos decidido organizarnos a fin de dar un vuelco radical, que hemos decidido no seguir esperando.

Denunciamos la colaboración activa de los investigadores con los poderes militares e industriales que los financian, definen sus objetivos y utilizan los conocimientos y las técnicas nacidas en los laboratorios. Esta colaboración se remonta a los orígenes de la ciencia moderna: los progresos de las ciencias han mantenido siempre una estrecha relación con los de las técnicas bélicas. Pero esta colaboración dio un salto cuantitativo y cualitativo fundamental durante la segunda guerra mundial. Hoy, la mayoría de las investigaciones científicas sirven ante todo para aumentar el poderío militar y económico, y no para que el conocimiento avance. La voluntad de saber es la coartada que hace que se acepten la carrera armamentística y la competición económica internacional. En un momento en que este afán de poder impide cualquier posibilidad de cuestionamiento sobre el mundo, tenemos la intención de denunciar los mitos que legitiman u ocultan esta colaboración:

· *El mito del Progreso* es cada vez menos creíble a medida que se multiplican, sobre todo para los más pobres, las consecuencias catastróficas del desarrollo econó-

mico. Las investigaciones más nauseabundas e interesadas siempre han argüido que iban a curar y alimentar a la mayoría y a mejorar sus condiciones de vida. Pero en lugar de estos avances podemos constatar que la modernización ha causado tal desastre ecológico que hasta las cosas más elementales se han convertido en objetos de lujo: agua y aire puros, una dieta sana, vegetación. Además, la idea de un progreso continuo de las condiciones de existencia gracias al perfeccionamiento técnico apenas oculta la sumisión de los individuos a fenómenos que se les imponen, lo que les vuelve dependientes de las nuevas tecnologías y de las satisfacciones compensatorias que éstas ofrecen.

En el caso de la ciencia, la visión progresista de la historia sigue impregnada por la idea de que cualquier avance del conocimiento es intrínsecamente bueno, aun en el caso de que en un primer momento se asocie con lo peor. Sin embargo, es apremiante comprender que los daños causados por el frenesí científico suelen ser irreversibles. Como principal responsable de su multiplicación, la tecnociencia no podrá hacer nada (o muy poco) contra las radiaciones, los ciclones o los cánceres, que son y seguirán siendo catástrofes. Pretender resolverlas con soluciones técnicas supone encerrarse en una absurda huida hacia delante. En cuanto a la idea de una eventual reapropiación de

este conjunto tecnológico con fines emancipadores, en muchos casos se antoja tan aberrante como la de querer convertir una autopista en un espacio acogedor.

· *El mito de la «investigación pública»* proyecta la imagen de una investigación supuestamente obediente a unos criterios fundamentalmente diferentes de los de la investigación privada. Ahora bien, ambas son inextricables desde hace tiempo, tanto en lo que concierne a la organización y a la financiación de los programas como al tipo de problemáticas en vigor. En conjunto, las dos participan del mismo proyecto de artificialización de la vida y de mecanización de las relaciones humanas. Vemos que esta tendencia viene manifestándose explícitamente desde hace años en la investigación pública, en la que destacan los valores y las prácticas de los sectores más «dinámicos» de la economía de mercado (*start-ups*, pymes punteras, etc.).

· *El mito de la «ciencia pura»* nació precisamente en el momento en que la imbricación de ciencia e industria quedó sellada de forma definitiva. Desde sus orígenes, la ciencia moderna ha consistido esencialmente en producir hechos a partir de máquinas: es una tecnociencia. El propio movimiento de las técnicas y los saberes hace que la creencia en una ciencia en-

tendida como puro conocimiento frente a una ciencia «aplicada» sea absurda. En las ciencias duras, los hechos no son formulables al margen de todo el aparato tecnológico que las sostiene, preside los experimentos y estructura la relación de los investigadores con la realidad. En las ciencias presuntamente humanas, los escasos investigadores que se niegan a gestionar e instrumentalizar a la población no tienen ningún peso frente a los técnicos sociales, y a menudo acaban trabajando para ellos.

Por lo tanto, hay que romper con el proyecto de las ciencias modernas tal como cristalizó en el siglo XVII (y que en la actualidad sigue siendo una referencia insoslayable, pese a las reticencias que se dan a veces). Dicho proyecto consistía en establecer un conocimiento total y objetivo de los fenómenos gracias a las matemáticas y a adquirir el dominio técnico que se asocia de manera directa a ellas para el bien de la humanidad. Los progresos de la ciencia han confirmado por sí mismos la inanidad de esta *religión de sustitución*: la ciencia, por muy avanzada que sea, nunca alcanzará la objetividad absoluta ni ofrecerá una respuesta a los interrogantes fundamentales del ser humano. En cuanto a su aspecto práctico, el siglo XX ha consagrado el fracaso del *punto de vista del ingenie-*

ro: lejos de servir a la felicidad y a la libertad, el formidable crecimiento del poder que ha permitido la investigación ha contribuido sobre todo a disolver las sociedades humanas a base de sometimiento y dependencia, y a poner en riesgo las condiciones mínimas de nuestra supervivencia. Despojada de todos los frenos sociales y políticos, la gestión cuantitativa del mundo resulta catastrófica; y si produce una ilusión del control es a costa de una extensión creciente de su campo de experimentación, sus iniciativas reduccionistas y sus ecuaciones importunas. En sus deseos de omnipotencia y manipulación, los gestores siguen haciendo «como si» este control fuera real y, mediante prácticas fraudulentas y experimentos peligrosos, persisten en encajar a la fuerza dentro de sus modelos mecanicistas todo aquello que han renunciado a entender. Hasta producir una *vida en burbuja*, en la cual nadie dispone de puntos de referencia que permitan reflexionar y juzgar.

En sentido opuesto a todos los proyectos políticos, de izquierdas o de derechas, que siguen adhiriéndose a este proyecto de control total de la vida y que no proponen otra cosa que seguir hundiéndonos un poco más, creemos que el punto de partida de cualquier reflexión política debería radicar en esta doble conclusión:

- El derrumbe cada vez más veloz de las condiciones biológicas de nuestra supervivencia (y, correlativamente, la usurpación de la supervivencia y de la reproducción de todos por parte de la tecnociencia).
- La impotencia creciente de los seres humanos respecto al transcurso de su existencia, que arrebatada la sustancia de los conceptos de razón y libertad.

Partir de esta doble conclusión supone comprender las dificultades en que nos hallamos para la lucha. Por un lado, la precariedad de las condiciones de vida, telón de fondo de todos los discursos y proyectos políticos, sirve cada vez más para justificar la pasividad y destruir las iniciativas que vayan en el sentido de la autonomía. Por otro lado, la reducción de los individuos al estatuto de engranaje en unas estructuras de producción e intercambio nos ha arrebatado ampliamente hasta el uso de la palabra para reflexionar de manera conjunta. Creemos no obstante que la razón crítica y la sensibilidad, por muy atrofiadas que estén en la actualidad, nos vuelven pese a todo irreductibles a convertirnos en mero ganado, mercancías o máquinas. Apoyándonos entre otras cosas en estas facultades podremos preservar una independencia crítica y cultivar reflexiones y saberes que no se presten a ser utilizados por los estados, ni por las industrias y sus mercancías.

Atacar la investigación significa alinearse con los hombres y mujeres que tratan de hacerse dueños de su propia vida.

Para llevar a cabo tal ofensiva, hay mucho por hacer:

- Tomar conciencia de que ya existen grietas en el seno de la investigación, de que el malestar debido a la vida en los laboratorios, a las concepciones que se cultivan en ellos y al sentimiento de participar en la opresión humana es muy real y no sólo un problema de carácter o de psicología individual.
- Profundizar el análisis en cada uno de los ámbitos que conocemos, inventariar, actualizar y poner en común las críticas de la sociedad moderna para romper con la especialización y el aislamiento que son moneda corriente en los laboratorios.
- Comprender la forma en que los movimientos de protesta fuertes en los años setenta, como por ejemplo las luchas contra la investigación militar o las centrales nucleares, se han visto hoy completamente aniquilados y ahogados por la invasión tecnológica.
- Difundir esta crítica de la investigación y del mundo industrializado en cualquier lugar en que aún pueda hacerse oír una voz discordante y poner fin, allí donde sea posible, a la insoportable impunidad y el oscurantismo cientifista.

- Denunciar sin ambigüedades todos los procedimientos pseudodemocráticos (foros híbridos, conferencias ciudadanas, encuestas en internet, etc.) que consisten en que una mayoría dé su visto bueno a decisiones tomadas de antemano, y que por esta razón neutralizan y desacreditan la crítica.
- Estar en cualquier lugar en que se despliegue la dictadura ordinaria de la verdad de los expertos a fin de recordar las verdades pertinentes y cuáles son los engaños y el tipo de mundo que defienden.

Llamamos a consolidar los lazos que todavía sean posibles entre todas las personas que, procedentes o no del ámbito científico, a veces no se conocen entre sí y aspiran a resistir con actos al avance de la tecnociencia. No se trata de acercar la ciencia al ciudadano sino de demoler la lógica de los expertos, denunciar la mentira de la neutralidad de la investigación e impedir que la ciencia contemporánea contribuya día tras día a destruir la política sustituyéndola por una cuestión técnica. Si amamos la curiosidad y el afán de saber, creemos que el mejor empleo que pueda hacerse de estas facultades será contra aquello que *nos* ocurre.

Otoño de 2006

Aclaraciones

Hubo en otra época en Rusia un personaje típico: Oblómov. Se pasaba el día en la cama haciendo planes. Ha pasado mucho tiempo desde entonces. Rusia ha hecho tres revoluciones, y a pesar de todo, los Oblómov siguen aquí, ya que Oblómov era un campesino, pero no sólo un campesino, sino también un intelectual, y no sólo un intelectual, sino también un obrero y un comunista. Basta con vernos sentados, con vernos trabajar en las comisiones, para decir que el viejo Oblómov sigue ahí, y que hay que lavarlo, limpiarlo, agitarlo y sacudirlo mucho tiempo para que pueda salir algo de él.

V. I. Lenin,

Discurso pronunciado en la sesión de la Fracción Comunista del Congreso de Obreros del Metal de Rusia, 6 de marzo de 1922

Cuántas vueltas para decir algo que en el fondo es muy sencillo: el trabajo tiene que pagar. Pero estamos ante una vieja costumbre nacional: Francia es un país que piensa. No existe una ideología cuya teoría no hayamos hecho nosotros. Poseemos en nuestras bi-

blotecas material como para discutir durante los siglos venideros. Por eso me gustaría decirles: ya basta de pensar. Ahora tenemos que remangarnos.

Christine Lagarde,
Ministra de Economía y Finanzas,
Discurso en la Asamblea Nacional,
10 de julio de 2007

Observaciones preliminares

¿Por qué el nombre de Oblómov?

En 2004, algunas personas denunciaron las reivindicaciones del movimiento *Salvemos la Investigación* — en francés, *Sauvons la recherche*—, como por ejemplo «Euros para los neutrones», preconizando un «Derecho a la pereza para los investigadores» mucho más adecuado: «Lo que esperamos hoy de los investigadores es que pidan una baja indefinida por enfermedad, que se queden en la cama, que hagan el esfuerzo, acostados en su lecho, de leer un poco de poesía»¹. Oblomoff remite al personaje de Oblómov, de la novela homónima del ruso Goncharov (1812-1891), que se pasa casi todo el día en la cama. Escogerlo como emblema era un modo de invitar a los investigadores a que tomaran nota, aunque sólo fuera por frenar la invasión tecnológica y darnos un respiro. Pero también es una forma de recordar que el activismo científico, ese frenesí por los créditos, los programas y las grandes obras tan propio de nuestra época, obsesionada con el trabajo y la producción, no es la única manera de estar en el mundo. Su actual hegemonía, que se ha erigido sobre la deslegitimación de otras alternativas posibles y sobre la destrucción de las condiciones que las harían

1. *États Généraux de la servitude*, 2005 (folleto disponible para quien lo solicite).

posibles, es un aspecto esencial del encarcelamiento contemporáneo.

Uno de los mayores biólogos del siglo XX, Erwin Chargaff, decía al final de su autobiografía que se identificaba plenamente con el personaje de Oblómov:

Los rusos tienen una palabra formidable para designar mi estado: *oblomovchina*. Viene del nombre de Oblómov, la mayor encarnación de la indolencia metafísica en la bella novela de Goncharov. [La indolencia es] un pecado cuando impide reconocer que existen los enigmas; pero contribuye a la salvación cuando nos hace dudar antes de declarar que esos enigmas están resueltos cuando ése no es el caso, porque probablemente los grandes enigmas no tienen solución. La indolencia es una virtud cuando nos impide enredar las cosas sólo por hacer algo. Las «mejoras» han deteriorado tantas cosas que es una virtud mantenerse al margen de ese «mejor»².

Señalemos que Chargaff, que participó activamente durante la posguerra en las investigaciones sobre la estructura del ADN y el mecanismo de la herencia, fue también uno de los opositores más fervorosos a las recientes aplicaciones en biología molecular. En su libro

2. Erwin Chargaff, *Le Feu d'Héraclite, Scènes d'une vie devant la nature*, Éditions Viviane Harny, 2006 (primera edición en alemán: 1979), págs. 314-315.

de 1979 anunciaba que la biología iba a «tener que decidir si quiere hallar en la investigación unas dimensiones reducidas, humanas, o bien si va a seguir incrementándose en una técnica enorme, cada vez más pesada y costosa, cada vez más ajena al pueblo que debe financiarla, y viviendo cada vez más de unas promesas gigantescas que son por fuerza imposibles de cumplir»³. Chargaff apelaba al conjunto de la comunidad científica para que tomase conciencia de la envergadura y la gravedad de los problemas que la investigación ya había contribuido a crear, y a recuperar la mesura, la modestia y la razón. Sin embargo, era consciente de la dificultad de la misión, ya que las certezas científicas y las facultades de autoengaño están muy arraigadas tanto entre los investigadores como en el conjunto de la población:

Nuestra forma de ciencia se ha convertido en una enfermedad del espíritu occidental. Nos han enseñado que cavando cada vez a más profundidad llegaríamos al centro de nuestro mundo. Pero no encontramos más que roca y fuego, y confundimos la piedra con el corazón y el fuego con la esperanza⁴.

3. *Ibid.*, pág. 243.

4. *Ibid.*, pág. 320.

Dicho esto, la referencia a Oblómov era una provocación: no nos identificamos ni con su postura aristocrática ni con la estetizante retirada al mundo que la acompaña.

Sobre la medicina

Algunos dedujeron de nuestra tabla de reivindicaciones que rechazábamos íntegramente las contribuciones de la ciencia moderna. Y entre ellas casi siempre se cita la medicina.

A este respecto, no pretendemos tener una solución. Pero nos parece indispensable deshacerse de cierto número de lugares comunes, empezando por la idea de que las sociedades precapitalistas o no capitalistas estaban conformadas por individuos perpetuamente enfermos y que sufrían atrocemente todo tipo de males (de los que nos habríamos librado felizmente gracias a la medicina moderna), mientras se arrastraban penosamente con su dentadura podrida hasta los treinta y cinco años, edad límite en que la salud física, envejecida de forma prematura, acababa por abandonarlos... Esta imagen televisiva del pasado, que contradice totalmente los testimonios de los etnógrafos, pero también los datos históricos y arqueológicos, si-

gue revoloteando sobre cualquier reflexión acerca de la investigación: «Al fin y al cabo, es o esto o la vuelta a las cavernas, la enfermedad, el hambre, el infierno».

Por ello conviene recordar que otras civilizaciones, otras culturas, en otros lugares y otras épocas, supieron construir y sostener sus propias concepciones del ser humano y de su inserción en el mundo; a veces con logros impresionantes, incluso según nuestros criterios modernos (y aunque las condiciones de una buena vida rara vez estaban al alcance de toda la población). Hasta tal punto que algunas grandes empresas, ávidas de nuevas moléculas que les permitan prolongar un poco más su dominación financiera, se las ingenian desde hace tiempo para saquear el saber farmacológico de los últimos indios de la cuenca amazónica mediante el envío de batallones de científicos mercenarios. Somos probablemente la única civilización que ha separado radicalmente la salud física de las dimensiones espirituales de la vida humana, arrojando la primera junto a la materia inerte, y las segundas junto al moralismo huero. Es cierto que la aplicación de un modelo de comprensión mecanicista a los organismos vivos pareció resolver de forma espectacular ciertos problemas de salud; contó para ello con el formidable perfeccionamiento de las herramientas disponibles para tratar sus disfunciones. Hemos de señalar, sin

embargo, que algunos de esos problemas sanitarios se debían a las condiciones de vida en las sociedades industriales: la urbanización acelerada o la organización de flujos masivos de seres humanos y de mercancías a lo largo y ancho del mundo, que a esta escala son fenómenos inéditos en la historia de la humanidad.

Por lo demás, hay que recordar que estos éxitos no benefician en la actualidad más que a una minoría de la población. No es necesario explayarse acerca de los estragos que causan las epidemias en las regiones completamente desbaratadas por la economía mundial y los conflictos políticos. A menudo estas regiones carecen de infraestructuras sanitarias modernas, mientras que sus culturas médicas tradicionales (si es que no han desaparecido) resultan impotentes ante las plagas de nuestra época.

Por último, incluso en los países occidentales cada vez más estudios tienden a mostrar el carácter frágil y temporal de estas «victorias». La progresión exponencial de los elementos contaminantes, cuyos múltiples efectos han llegado a ser imposibles de evaluar científicamente⁵, es probablemente la causa principal de la explosión del número de cánceres que nos aque-

5. Cf. las conclusiones del libro de Theo Colborn, Dianne Dumanoski y John Peterson Myers, *Nuestro futuro robado*, Ecoespaña Editorial, 2001.

ja desde hace un cuarto de siglo⁶. Igualmente inquietante resulta el balance de la guerra que nuestra sociedad declaró hace sesenta años a las bacterias: con la esperanza de aniquilar a las más nocivas, hemos vertido sobre ellas decenas de miles de toneladas de antibióticos. Sin embargo, su capacidad de adaptación y resistencia (mediante selección pero también mediante transferencia genética) muestra las múltiples vías por las que la vida, subestimada de manera constante por la medicina moderna, nos recuerda su reactividad y su autonomía. De tal modo que el balance de esta guerra es cada vez menos halagüeño⁷. De manera global, aun partiendo de una definición extremadamente reductora de la salud, en términos de esperanza de vida⁸, podría ocurrir que las generaciones nacidas

6. Cf. por ejemplo: Geneviève Barbier y Armand Farrachi, *La Société cancérogène*, La Martinière, 2004.

7. «No basta meditar sobre el hecho de que hoy día, en 2007, hay probablemente tantas bacterias tóxicas como hace cuarenta años, cuando comenzó el uso masivo de antibióticos, o que esta vez son cada vez más resistentes. Para tener posibilidades de controlar este fenómeno y sus posibles consecuencias para la salud humana, hemos de comprender el poder de adaptación de las bacterias y cuestionar la tarea de erradicación que habíamos emprendido contra ellas, con toda la fuerza de nuestros medios industriales, científicos y técnicos. ¿Comprendimos bien la naturaleza y el poder de nuestros adversarios bacterianos? ¿No hemos subestimado a unos adversarios tan correosos?» (Antoine Andremont, Michel Tibon-Cornillot, *Le Triomphe des bactéries. La fin des antibiotiques?*, Max Milo Éditions, 2007, pág. 184).

8. Señalemos no obstante la definición de salud que daba la OMS en 1946: «La salud es un estado completo de bienestar físico, mental y social, y no consiste solamente en la ausencia de enfermedad o de lesiones».

antes de la segunda guerra mundial, que crecieron en unas condiciones sanitarias que todavía estaban relativamente al margen de la contaminación y de la alimentación industrial, pero que al mismo tiempo gozaron de los efectos inmediatos de la medicina moderna, representen un pico histórico de longevidad. Eso es lo que sugiere, por ejemplo, el estudio de Claude Aubert titulado: *Espérance de vie, la fin des illusions (Esperanza de vida, el final de las ilusiones)*⁹.

Si constatamos los límites de la medicina moderna, por muy necesario que sea, no es para proponer soluciones prácticas. Seguramente sería absurdo abandonar la mayoría de las técnicas modernas, con el pretexto de que cada vez nos servirán menos. Y quizá sea aún más absurdo pretender recuperar en abstracto unas viejas tradiciones cuya eficacia dependía de unas condiciones a la vez físicas, psíquicas y sociales extremadamente precisas y delicadas que nuestra civilización no ha dejado de destruir. Pero al menos podremos deshacernos de la arrogancia típicamente moderna en esta materia; dejar de considerar que nuestra civilización ha sido la primera y única en resolver el problema de la salud, lo que haría inaceptable cualquier crítica de las ciencias y de las técnicas modernas.

9. Publicado por la editorial Terre Vivante, 2006.

Sobre el «derecho a la actividad intelectual»

De manera más general, ciertas personas han sospechado que nos oponemos íntegramente a la senda científica como tal, o que incluso condenamos cualquier tipo de conocimiento racional. Y muchos han creído necesario alardear de defensores acerbos del «derecho de todo individuo a disfrutar con su cerebro, de pensar, de dedicarse a la investigación», etc. «La curiosidad intelectual humana probablemente no tiene límites... ¿Acaso hay que paralizar toda forma de investigación con el pretexto de evitar un uso peligroso de los conocimientos adquiridos?», se preguntan con aire grave algunos de nuestros críticos.

Por ello hemos de precisar que, evidentemente, también defendemos estas libertades. El problema está precisamente en que un buen número de investigadores no ven que la institución especializada que están defendiendo dista mucho de permitir la puesta en práctica de esos mismos principios. La investigación actual produce saberes separados, en el sentido de que la existencia de investigadores especializados dispensa e impide que la mayoría entienda lo que hace todos los días, ya sea acerca de sus herramientas de trabajo o de los objetos de consumo. Con la coartada de la objetividad y el desinterés, la investigación ampara y nu-

tre una lógica de separación de las esferas de la existencia, de diferenciación social y de desposesión. Un ejemplo arquetípico: la historia de la agronomía, sobre todo después de la segunda guerra mundial, es esencialmente la historia de la confiscación de las técnicas agrícolas por parte de los especialistas, que elaboran e imponen un modelo productivista incompatible con la autonomía de los campesinos (y con la existencia misma de un campesinado, por cierto). En realidad, a nuestro parecer lo que excluye a la mayoría de la investigación intelectual libre es precisamente toda la organización social de la institución, desde la selección al seguimiento de sus actividades. Para construir sus aparatos, mantener sus laboratorios, para dar de comer a los investigadores, etc., ¿cuántas personas trabajan a jornada completa sin disponer de tiempo para dedicarse a algo que les interese realmente? Y por una minoría que se ha hecho con el «privilegio» de cobrar por pensar, ¿a cuántas se les ha hecho ver su incapacidad y su inferioridad?¹⁰ La «comunidad de investigadores», que suele despreciar a aquellas personas, indispensables para su labor, que considera subalternas (auxiliares de laboratorio, secretarías, precarios de la restauración, miembros del servicio de mantenimien-

10. Cf. Ivan Illich, *La sociedad desescolarizada*, en sus *Obras reunidas*, vol. I, FCE, 2006.

to, doctorandos, estudiantes), en general prefiere olvidar este proceso social que la ha erigido en minoría privilegiada y que ha desalentado la mayoría de las investigaciones y actividades autónomas.

¿Por qué criticar precisamente la investigación?

Para luchar contra la organización actual de la sociedad nos parece oportuno interesarnos en primer lugar por lo que conocemos más de cerca. Estamos bien situados para criticar este ámbito y su funcionamiento, opacos para quienes se hallen fuera de él, en la medida en que algunos de nosotros trabajamos en la Universidad, en «ciencias humanas» o «ciencias duras», y otros acabamos de salir de ella. Lo cual no quiere decir que nuestra crítica se dirija sólo a la Universidad, y únicamente a la investigación.

Algunos investigadores nos han reprochado que les imputemos una responsabilidad que en realidad incumbe a los «verdaderos responsables»: militares, jefes de multinacionales, personal político cobarde y corrupto, consumidores que se precipitan sobre las baratijas industriales; en resumen, itodo el mundo menos ellos! En este reproche hay mucha hipocresía, ya que suelen ser los mismos que por un lado afirman

que «la ciencia no es responsable del mal empleo que le dan los hombres» y por el otro no dudan en asegurar que «las ventajas del mundo moderno se las debemos a la ciencia»... No es poca indecencia cuando, desde lo alto de un estatuto protegido y relativamente bien pagado respecto a la mayoría de la población, algunos nos invitan sin atisbo de humor a que critiquemos más bien a los obreros de las fábricas de armamento o de la industria química, que siguen defendiendo su (nocivo) empleo. Ciertamente que los problemas a que apuntamos son tan achacables a una forma concreta de la existencia —que prescribe una estricta división de funciones, favorece las jerarquías y premia la sumisión— como a las propias personas; pero en una época cada vez más confusa y obsesionada con el consenso y las peticiones de principio ciudadanas, a veces conviene obligar a individuos y grupos a hacer frente a sus propias responsabilidades. Pese a todo surge la pregunta: ¿no es excesivo situar la investigación científica en el origen de una gran parte de los males que aquejan a nuestra sociedad? Es necesario hacer algunas precisiones.

· Criticar la investigación en particular supone afirmar en primer lugar que forma parte central de esta sociedad y de su evolución; lo cual conlleva reintegrar simbólicamente todo un conjunto de actividades en el

seno del cuerpo social, cuando ciertas representaciones la ubican «al margen» o incluso «por encima» del mundo, en un lugar en que los mecanismos y las normas del resto de la sociedad quedan en suspenso por arte de magia, al igual que los problemas y las urgencias de las personas corrientes. Muchos investigadores optan por esta vía ante todo para huir del trabajo asalariado en una empresa, de las relaciones humanas indignas y de las tareas repugnantes que a menudo se nos suelen imponer; para disponer al menos de un empleo estable, a resguardo de la dictadura de la rentabilidad, con la idea de no hacer nada perjudicial. Algunos de nosotros, por cierto, nos encontramos en la misma situación. Por eso entendemos la invitación que a veces hemos recibido, como respuesta a nuestra crítica de la investigación, a reflexionar «sobre aquello [que queremos] que hagan en su lugar estos individuos, y sobre quiénes serán en ese caso los beneficiarios en una sociedad capitalista». Lo que viene a significar que no se tiene derecho a señalar un problema a no ser que al mismo tiempo se le ofrezca una solución.

Debe quedar claro que el proyecto (llamémoslo esperanza) de parar las investigaciones más dañinas y de suprimir radicalmente la empresa científica en su conjunto es para nosotros indisociable de un cuestionamiento global y frontal de la acumulación capitalista

con las relaciones sociales y el encarcelamiento tecnológico que ella exige. El hecho de que concedamos una importancia crucial a esta cuestión no quiere decir ni mucho menos que no demos importancia a todos los fenómenos de dominación y opresión de nuestra época, ya sean muy viejos o más bien nuevos. Queremos decir sencillamente que la investigación, en su forma actual, es inseparable de nuestra organización social, absurda e injusta. Y que sus instituciones, aunque sigan ofreciendo algunos chollos, en lo esencial no constituyen ningún tipo de refugio. No se trata sólo de que el dinero que requieren sus actividades se base en la explotación cada vez mayor de los humanos y del entorno natural (y por ende de la degradación de las condiciones de empleo y de las condiciones generales de vida) sino que las investigaciones más exigentes para su financiación suelen ser también las que más contribuyen a que esta explotación y esta degradación se multipliquen.

Como buenos asalariados modernos, la mayor parte de los investigadores no quieren pensar en su propia condición y rechazan cualquier crítica dirigida a su actividad y cualquier análisis de su papel social. La fuerza de este rechazo se debe probablemente al temor hacia lo que podría salir a la luz. Pero si queremos vislumbrar unas perspectivas políticas menos sombrías habrá que forzar este cerrojo psicológico.

· Criticar la investigación en concreto supone intentar comprender con precisión el papel social de esta actividad. Podemos resumir a grandes rasgos este papel diciendo que la investigación científica tiende a suministrarle a nuestra sociedad los medios técnicos para alcanzar sus funestas ambiciones, lo cual nos parece un papel considerable. Por lo tanto, criticamos la investigación porque se ubica en el núcleo de la prosecución del desarrollo económico y de las catástrofes que son inherentes a él: desvalorización del trabajo humano mediante la simplificación y la automatización de un número creciente de tareas, colonización y desfiguración de la vida cotidiana por parte de las mercancías de alta tecnología, perfeccionamiento de las técnicas militares y policiales, agotamiento de nuestro entorno vital y extinción de las especies. Todos los economistas lo dicen, sea cual sea su pelaje político: todos los países necesitan cada vez más innovaciones, en todos los ámbitos y a un ritmo cada vez mayor, si no quieren quedarse atrás en la carrera internacional. Cortejado por todas partes a la mínima convocatoria electoral, de la extrema derecha a la extrema izquierda, el mundo de la investigación es uno de los garantes de todo lo demás. Criticar este papel económico y social es criticar un eslabón esencial en la desposesión de los seres humanos.

• Apuntar a la ciencia, por último, es denunciar su función literalmente ideológica: la confianza que aún se otorga (pese a ciertos estallidos de suspicacia) a la visión científica del mundo y a los dispositivos de gestión presuntamente racional constituye a nuestro juicio un obstáculo decisivo para cualquier forma de cambio en nuestra condición. La época en que vivimos, productora de fealdad y de resignación a los despotismos y a las desigualdades más clamorosos, nos da pocos motivos de orgullo. Habrá quien se diga que, pese a todo, el progreso de la ciencia y el dominio técnico que ésta permite son reales. Suele concedérsele a nuestra organización social el beneficio de la racionalidad, y generalmente sólo se le reprocha su carácter injusto y desigual. Se aspira a crear mecanismos que permitan que todo el mundo se beneficie de las formidables posibilidades que permite el progreso tecnocientífico. Por el contrario, nosotros creemos que la visión científica y gestora del mundo supone un problema.

La crítica del capitalismo, incluso la que pretende ser radical, raras veces llega tan lejos. Sin embargo, esta visión ha contribuido a consolidar una separación creciente entre dirigentes y dirigidos, lo que hace cada vez más remotas e improbables las perspectivas de apropiación colectiva e igualitaria de las técnicas y de los

espacios. Al confiar, a lo largo del siglo XX, cada vez más facetas de la vida humana a los procedimientos industriales y burocráticos, a fin de controlar los efectos del desarrollo económico, las élites han desacreditado los saberes y las culturas populares y socavado sus condiciones de ejercicio, condenando a los pueblos a perder la confianza en sus propias capacidades de autoorganización, arrastrando así al mundo entero a una guerra insensata contra la vida cuyo final no se atisba por ningún lugar. Lo que rechazamos es este proyecto en su conjunto, a la vez antidemocrático y suicida. Para lograrlo hemos de romper con el imaginario cientifista y con la idea ingenua y reconfortante de que «ya encontrarán una solución» para todos los problemas, en cuanto sus intenciones sean buenas y se les concedan los medios para ello; romper, en un sentido amplio, con la idea de que aún es posible gestionar racionalmente aquello en que se ha convertido el mundo, cuando todos los gestores se han instalado desde hace tiempo en la emergencia y el sálvese quien pueda permanentes. Es decir, intentar reanudar, allí donde sea posible, la experiencia humana en su mayor riqueza.

«Ciencia pura» y tecnociencia

Diversos investigadores que han reaccionado a nuestro discurso critican el empleo que hacemos del término «tecnociencia», un concepto «vago y abstruso» que a su juicio mezcla dos realidades muy diferentes: la investigación por un lado, independiente de las técnicas y de lo social; y, por el otro lado, las aplicaciones terrenales de la ciencia, que pueden ser víctimas de la corrupción humana. Todo el problema que plantea la investigación procedería en tal caso de la perversidad humana, o incluso de ciertos mecanismos económicos que llevarían a pervertir las aplicaciones de la actividad científica, que a su vez está exenta de bajezas. Esta visión de las cosas debe de ser muy cómoda, ya que permite que los investigadores se desentiendan de toda responsabilidad, pero es falsa. No repasaremos aquí en detalle los argumentos técnicos e históricos que demuestran claramente la inanidad de la distinción entre ciencia pura y ciencia aplicada. Todo ello lo han confirmado numerosos historiadores de las ciencias¹. Que la noción de tecnociencia esté ponién-

1. Dominique Pestre, «Pour une histoire sociale et culturelle des sciences», *Annales: Histoire, Sciences Sociales*, nº 3, Armand Colin, 1995; Dominique Pestre, *Science, argent et politique*, INRA Éditions, 2003; Dominique Pestre, *Introduction aux Science Studies*, La Découverte, 2006; Simon Schaffer y Steven Shapin, *Léviathan et la pompe à air. Hobbes et Boyle entre sciences et politique*, La Découverte, 1993; Otto H. Sibum, «Les gestes de la mesure. Joule, les pratiques de brasserie et la science», *Annales: Histoire, Sciences Sociales*, julio-octubre de 1998, nº 4-5, EHESS, págs. 745-774; Crosbie Smith y Norton Wise, *Energy and Empire. A Biographical Study of Lord Kelvin, 1824-*

dose de moda y suscite usos a veces equívocos, como si se tratase de una especie de monstruo multiforme responsable de todos nuestros males, no debe llevarnos a dudar de las realidades que designa.

Una ciencia al servicio de los poderes establecidos

La noción de tecnociencia describe bien en qué se convierte la ciencia cuando se organiza para servir a los imperativos del poder económico y militar, que es lo que lleva haciendo explícitamente desde hace más de medio siglo, con la instauración de la *Big Science* durante y tras la segunda guerra mundial. Por ello resulta cada vez más difícil, y hasta inconcebible, hacer ciencia al margen de una vasta infraestructura técnica, y por ende al margen de las relaciones sociales y de los intereses que presiden la gestión y el desarrollo de estas infraestructuras. Así, en el Centro Europeo de Investigación Nuclear sito en Ginebra, un experimento de física de partículas debe programarse con varias semanas de antelación y con la autorización de los expertos que deciden acerca de la conveniencia de poner en marcha las inmensas máquinas (a veces más gran-

1907, Cambridge University Press, 1989.

des que un edificio), para que a continuación lo lleven a cabo decenas de operarias y operarios, cuya tarea a veces consiste simplemente en traducir los datos para que sean legibles para los científicos de nivel superior. Hasta que, al final de la cadena, los teóricos más «abstractos» puedan sacar conclusiones a partir del resultado obtenido².

No obstante, sería un error subestimar la antigüedad de esta colusión entre el entorno científico y los poderes existentes. Los ingenieros y metalúrgicos del Renacimiento pueden considerarse en parte como los precursores de la postura científica moderna: la producción de piezas metálicas, empezando por el calibrado de las balas y los cañones, hacía necesaria la medición sistemática. Mientras que los hombres del saber eran poco apreciados por los príncipes de la Edad Media, desde los albores del Renacimiento los poderosos se han disputado violentamente las competencias de estos sabios (Francesco di Giorgio o Leonardo da Vinci se cuentan entre los más famosos) cuya actividad consiste en crear máquinas y procedimientos bélicos (el «ingenio», que dio paso al «ingeniero», es el nombre que se daba entonces a las máquinas de guerra). El dominio técnico y científico del mundo interesa tanto a

2. Peter Galison y Bruce Hevly, *Big Science*, Stanford University Press, 1992.

la política como al comercio, que están en la raíz, por ejemplo, del despegue cartográfico, astronómico, matemático, etc. Príncipes y mercaderes, interesados por cualquier procedimiento que permitiera un cuadrículado y un control mayor del territorio y de lo real, patrocinaron y solicitaron los avances de esta ciencia, que entonces seguía llamándose «filosofía natural».

Hasta el siglo XIX no se generalizará el uso del término de ciencia en singular para designar una totalidad regular y homogénea; totalidad pese a ello muy heteróclita, puesto que abarca tanto la botánica como la astronomía, la química o la zoología. Aglutinar un conjunto tan multiforme de prácticas, métodos y discursos con el término de ciencia supone distinguir radicalmente ésta de la técnica y de la política (lo que no habría tenido sentido para un Galileo, que dedicó los satélites de Júpiter al gran duque de Toscana bautizándolos como estrellas «mediceas»). Esta unificación data precisamente de la segunda revolución industrial, cuando por primera vez los procesos industriales —y por tanto económicos— alcanzaron tal complejidad que necesitaron el concurso de los laboratorios para desarrollarse. Porque si la primera revolución industrial, la del carbón y el vapor, se había produci-

do antes de que Casius, Kelvin y Clapeyron³ formalizaran las leyes de la termodinámica, la revolución de la química y la electricidad fue, por el contrario, tanto consecuencia como causa del despegue universitario y político de la ciencia del siglo XIX. Es decir, la idea de ciencia, singular, pura y desinteresada emergió en la conciencia colectiva en el momento en que los poderes económicos (financieros, industriales) y políticos (grandes cuerpos del aparato de Estado en pleno auge) tenían más necesidad de los saberes científicos.

No negamos que, en el pasado, individuos, equipos o incluso algunas partes de las instituciones de investigación pudieran alejarse de esta línea rectora y desarrollar así una comprensión del mundo parcialmente ajena y aun contraria a los imperativos económicos y militares. Pero en nuestra época debería bastar con abrir un periódico o leer los programas de investigación del CNRS (Centro Nacional para la Investigación Científica) para hacerse a la idea de la hegemonía de la tecnociencia. Incluso desde el rasero —ambiguo cuando menos— de la ciencia moderna (véase más adelante), lo esencial de lo que hoy se produce con el nombre de ciencia es en realidad muy poco científico. Suele tratarse de un bricolaje más o menos ingenioso, mezclado

3. Jean-Pierre Daviet, *La Société industrielle en France: 1814-1914*, Seuil, 1997.

con un discurso pomposo que pretende justificar su financiación, pero que ante todo pretende sostener la innovación. Dicho de otro modo, se trata de una mercancía como cualquier otra, cuyas lógicas de producción generan todos los absurdos que se dan en las demás: carrera por la publicación, fraudes y sobre todo ausencia de reflexión de conjunto y de debate teórico. Lo que da como resultado paradójico que, si bien los conocimientos aumentan sin cesar, la comprensión del mundo que nos rodea retrocede en muchos sentidos. Sin embargo, un gran número de investigadores guardan un púdico silencio a este respecto y prefieren divagar a partir de una concepción imaginaria de la investigación.

Esta aspiración de independencia supone de forma cada vez más obvia una negación de la realidad, ya que las decisiones que conciernen a la orientación de la investigación (por lo menos las que implican inversiones de enjundia) nunca son objeto de una deliberación colectiva y se someten plenamente a los intereses militares y financieros. Lejos quedan los tiempos y las condiciones en que, a la sombra de los grandes programas, podía desplegarse una investigación con cierto grado de libertad y desinterés. Por eso afirmábamos en nuestra declaración⁴ que «la mayor parte de las in-

4. Con ésta y sucesivas menciones a su declaración aluden al panfleto «El futuro triunfa, pero no tenemos porvenir», que abre este libro. (*N. del T.*)

vestigaciones científicas sirven ante todo para acrecentar el poder militar y económico, y no a fomentar el avance de los conocimientos». Lo cual no quiere decir que los conocimientos no avancen de forma efectiva; pero rara vez se trata de conocimientos que podrían tener alguna utilidad salvo para la industria y el Estado. A lo que se aspira hoy día en todos los ámbitos es al dominio instrumental. El motor del desarrollo tecnocientífico no es un afán de saber que se despliegue libremente en una multitud de direcciones sino un dominio instrumental con vocación industrial y gestora; que es lo que sirve de criterio definitivo para las decisiones en materia de seguimiento y financiación; por ejemplo, en la carrera hacia lo infinitamente pequeño, que, en lo que a conocimiento se refiere, tiene todas las trazas de ser un callejón sin salida metafísico, pero está preñada de efectos industriales colaterales: las famosas nanotecnologías.

La ciencia moderna, un proyecto de dominio total

La noción de tecnociencia invita igualmente a plantearse cuestiones sobre la naturaleza misma del conocimiento científico, que probablemente tiene su parte de culpa en su instrumentalización actual, pues hay

una afinidad original entre la ciencia occidental moderna y la técnica. La historia humana abunda en múltiples tradiciones científicas (en las que Occidente se ha inspirado parcialmente), que han marcado vías de comprensión del mundo sin recurrir al dominio técnico. Por el contrario, en la ciencia moderna, el deseo de comprensión —que sigue existiendo— no puede dissociarse de un deseo de dominio instrumental del universo. Así, contrariamente al saber aristotélico, por ejemplo, que se basa en una observación de los fenómenos tal como se muestran a los sentidos, la ciencia moderna tal como está desarrollándose basa la posibilidad de acceder a la verdad en la modelización de los fenómenos, mediatizada por la tecnología. Conocer es hacer, lo que muestra de manera ejemplar la demostración de la existencia de ondas «radio» por Heinrich Hertz⁵, al mismo nivel que otros tantos conocimien-

5. Hertz realizó un experimento que a su juicio revelaba la existencia de ondas que se propagan a la velocidad de la luz. Numerosos científicos y laboratorios europeos trataron de reproducir, cada uno a su manera y con resultados muy distintos (Henri Poincaré llegó a poner en evidencia un error de cálculo de Hertz), el experimento inicial. Sin embargo, todos se ponen de acuerdo, a partir del momento en que han sido capaces de producir un dispositivo técnico (a partir de los esquemas de Hertz) que produce algo (unos chispazos), en que, efectivamente, hay ondas. En este caso, la prueba de la existencia de las ondas y el genio de Hertz no se ven confirmados ni se difunden gracias a unos cálculos (los de Hertz son falsos inicialmente) ni a unas teorías, sino a causa de la apropiación de procesos técnicos por parte del mundo científico y, más tarde, industrial. Cf. Dominique Pestre y Michel Atten, *Heinrich Hertz. L'administration de la preuve*, PUF, 2002.

tos científicos. Se trata de un tipo de conocimiento que sólo puede confirmarse mediante la experimentación, y por tanto gracias a la construcción y multiplicación de aparatos técnicos y laboratorios, y finalmente mediante la proliferación de éstos por el mundo. El método científico experimental, que se desarrolló en un primer momento por y para el estudio de objetos inanimados (mecánica, física y después química), tenía vocación de extenderse a todos los fenómenos, y ha servido de modelo para todas las demás ciencias. Otro tanto ocurre con la concepción mecanicista de la realidad, que por su misma construcción se incrusta en el meollo de este método experimental.

Sin embargo, criticar globalmente la perspectiva tecnocientífica del mundo no lleva por fuerza a renegar de todos sus resultados. No sería muy lógico hacer tabla rasa de todos los conocimientos que se han elaborado en este marco desde Galileo; ni a rechazar en bloque los valores que los investigadores dicen hacer suyos pero de los que no poseen el monopolio: la duda, el espíritu crítico individual, la discusión pública de ideas, el rigor, así como una cierta capacidad de imaginar vínculos entre fenómenos distintos. Por lo demás, para ciertos ámbitos muy delimitados, reconocemos sin ningún ambage que el punto de vista mecanicista sigue siendo el más apto. Pero la noción de tecnocien-

cia permite precisar la naturaleza de esta voluntad de saber propia de la ciencia moderna, que no es una forma de curiosidad intelectual como las demás, y que a menudo representa un horizonte intelectual insuperable para los investigadores. El problema reside, a nuestro entender, no tanto en la existencia de la visión científica del mundo sino en su carácter imperialista y hegemónico, su pretensión de reducirlo todo al simple mecanismo y al número, e, indisociablemente, a querer moldearlo todo según este modelo. Esta visión reduce en primera (y a menudo en última) instancia lo que estudia al papel de mero objeto inerte y muerto, incluso cuando se trata de seres vivos, es decir, «sujetos» activos y sensibles⁶. Si bien algunos científicos han reconocido que, efectivamente, el punto de vista mecanicista no permite por sí solo aprehender más que una ínfima parte de lo real y de su complejidad, por desgracia no han sabido, podido o querido emprender una reflexión crítica en el conjunto de la «comunidad científica» acerca de los límites de este método.

Si numerosos científicos en los últimos dos siglos han criticado o flexibilizado el paradigma mecanicista clásico se debe a que su objeto de estudio no se sometía a él. Este paradigma pudo agrietarse en muchas oca-

6. Cf. Gérard Nissim Amzallag, *La Raison malmenée. De l'origine des idées reçues en biologie moderne*, Éditions du CNRS, 2002.

siones a lo largo de la accidentada historia de las ciencias naturales. Un ejemplo clásico entre otros: cuando Faraday y Maxwell trataron de dilucidar a mediados del siglo XIX las propiedades del campo electromagnético, enseguida se dieron cuenta de la imposibilidad de concebir su objeto según los postulados de la descomponibilidad de la materia en partículas discontinuas y de la naturaleza inerte del espacio. Sin embargo, pese a la multiplicación de este tipo de casos hasta nuestros días, la(s) comunidad(es) científica(s) nunca han abandonado de manera colectiva la convicción típicamente mecanicista de que lo complejo puede reducirse a la suma de sus partes simples. Así, la biología sigue avanzando a trompicones: los resultados obtenidos en el marco de las sucesivas teorías mecanicistas no han dejado de desmentirlas en todo momento, pero ello nunca ha suscitado una verdadera reelaboración teórica ni un cambio serio de la concepción científica de lo vivo. Aun cuando se constate su fracaso, no se cuestiona el reduccionismo de la teoría genética: sólo se aspira a añadir correcciones al margen... mediante el empleo inmoderado del ordenador para simular los fenómenos «aleatorios», es decir, incomprensibles en el marco de referencia. (Otro tanto ocurre en economía: la teoría neoclásica siempre sale intacta de la prueba de los hechos que vienen a confirmar de for-

ma regular su radical absurdo; todo lo que la desmiente hasta sus principios de base se utiliza para nutrirla y refinarla).

En el fondo, el reduccionismo y el maquinismo (hoy informático) gozan de una promoción constante porque pensar dentro de este marco es más simple (en el sentido de más pobre); y porque así se obtienen resultados más inmediatos, es decir, publicaciones y créditos de investigación. Lo que pretende esta fragmentación de lo real es la posibilidad de aplicar a cualquier objeto que caiga en el ámbito de la ciencia un tipo de conocimiento estructurado mediante leyes causales, o probabilistas; y la esperanza de asegurar el control de dicho objeto mediante las matemáticas. Concretamente, tal concepción de lo vivo está en el origen de la mortífera forma en que la agroindustria trata los suelos, las plantas y los animales. Para acabar con una nota jovial, recordemos a esos entusiastas del hombre-máquina que, pese a sus pretensiones delirantes de liberar a la humanidad de la Naturaleza, la ciencia moderna todavía no ha sido capaz de fabricar un ser aparentemente tan sencillo como una lombriz de tierra.

Pocos investigadores parecen haber entendido hasta qué punto esta tendencia hegemónica (y aun dogmática) del mecanicismo era inseparable de la ciencia moderna, que nunca ha sido puramente contemplati-

va sino que se formó según el principio de la experimentación y la ampliación constante del laboratorio al conjunto del mundo. Lo que ha permitido el triunfo de la ciencia sobre las demás formas de comprensión es ante todo su vitalidad, su activismo y su eficacia cuantitativa. Ya sea favoreciendo el progreso técnico, y por tanto el poder militar y económico, o mediante la multiplicación por doquier de experimentos allí donde haya sido posible, la mentalidad científica ha zanjado sus divergencias con las demás concepciones del mundo valiéndose siempre del hecho consumado, con los resultados contradictorios que todos conocemos, a la medida de la violencia que se inflige a los antiguos equilibrios.

Reconocer todo esto supone admitir también que es difícil que una limitación a esta expansión infinita proceda espontáneamente de la institución científica. Dentro de su propia lógica, ningún argumento legítimo puede servir para respaldar su limitación, ya que esta institución está concebida unilateralmente como un desvelamiento del mundo que abre el camino hacia su dominio y su perfeccionamiento. Vista desde un laboratorio, la ciencia tiene como vocación fundamental seguir avanzando y hacer retroceder sin cesar los límites del ingenio humano. Lo demás no son sino daños colaterales que habrá que gestionar con profesionali-

dad. Ello explica en parte la fuerte propensión del entorno científico a someterse a las sucesivas exigencias de las clases dominantes. Pues, a partir del momento en que no se ve que haya nada que replicar al proyecto científico de dominio como tal, en efecto, cuesta imaginar en nombre de qué habrá que oponerse a la integración total de la investigación en la industria, puesto que puede seguir separándose en abstracto el grano científico de la paja capitalista o militar. Las reformas actuales del sistema de investigación tendrían como efecto la reducción aún mayor de la autonomía de pensamiento y de palabra, por no hablar de la autonomía de acción. Ante esto, desde luego que hay razones para defender una ciencia que retome ciertas virtudes que la caracterizaron en el pasado. Pero la invocación de estas virtudes puede ser también una trampa, especialmente si impide que las personas se atrevan a pensar contra su propia institución y su propia posición, y si dispensa de definir en qué tipo de mundo queremos vivir.

*La función ideológica
de la noción de «ciencia pura»*

Por lo tanto, nos parece indispensable acabar con el ideal de la «ciencia pura», ideal totalmente ajeno al proyecto de las ciencias modernas, y hoy menos pertinente que nunca si no es para designar la imagen invertida de lo que los investigadores hacen en la práctica todos los días. En una época en que ninguno de ellos cree ya honradamente en los grandes proyectos revolucionarios de transformación social, este mito sirve de cimiento identitario a su colectividad. Así, en las ciencias sociales, la ideología de la objetividad se ha impuesto definitivamente en el momento en que el pensamiento crítico y las preocupaciones políticas se veían expulsados de la enseñanza y de los programas de investigación. El mito de una ciencia pura e independiente es para los investigadores mucho más que una simple negación de la realidad: todos se arraciman alrededor del tótem de la ciencia objetiva para conjurar la más mínima crítica del papel de la investigación en el actual estado del mundo y para garantizar su propia contribución.

Cuando se enfrentan al cuestionamiento de su actividad cotidiana, los investigadores invocan con frecuencia la oposición secular entre las fuerzas de la razón y las del oscurantismo: las primeras trabajarían por la paz y la mejora de las condiciones de vida y las segundas tratarían regularmente de arrastrar a los

hombres hacia la regresión supersticiosa, el rechazo del otro y la guerra. Así, nos han explicado prolijamente que nuestra actitud supone una forma de oscurantismo, o que como mínimo corría el riesgo de favorecer su emergencia; que era muy peligroso, políticamente, empezar a criticar la investigación, pues ello equivaldría a alinearse de manera irremediable del lado de la regresión, siempre acechante. Esta inquietud no es novedosa, sino que forma parte de las afirmaciones atemorizadas y recurrentes de los especialistas que deploran que las masas no se adhieran con decisión a su visión mecanicista del mundo y que prefieran incluso refugiarse en la religión y las supersticiones¹.

Invitamos a esos investigadores, así como a cualquier persona que pudiera sentirse tentada a conceder la mínima credibilidad a esta acusación infundada, a que examinen en qué bando se ha posicionado regularmente la institución científica a lo largo de los dos últimos siglos. El darwinismo, por ejemplo, debe una gran parte de su éxito a su carácter ideológico²: oposi-

1. Cf. por ejemplo: Jean-Noël Kapferer y Bernard Dubois, *Échec à la science. La survivance des mythes chez les Français*, Nouvelles Éditions Rationalistes, 1981.

2. Marx, en una carta a Engels con fecha del 18 de junio de 1862, explicaba: «Es curioso ver cómo Darwin encuentra en los animales y las plantas la sociedad inglesa, con su división del trabajo, su competencia, su apertura de nuevos mercados, sus "invenciones" y su "lucha por la vida" [la guerra de todos contra todos] de Hobbes, lo que lleva a

ción a la religión en la sociedad victoriana y naturalización del liberalismo económico. Señalemos asimismo que eugenismo y racismo fueron teorías científicas gracias al impulso del darwinismo³. Y en nuestros días, la biología moderna somete la vida a la industria, convirtiéndola en materia prima para sus mercancías.

No es sólo que el ámbito de la investigación no se caracterice por su tendencia a resistir al totalitarismo (otro proyecto político que aspira al dominio total de la sociedad) sino que los conocimientos científicos deben muchos de sus mayores avances a los periodos de guerra, es decir, a esos momentos en que la voluntad de dominación y la urgencia se alzaban necesariamente por encima de cualquier otro criterio, en particular la razón. En tiempos de paz, por añadidura, las principales decisiones en materia de gestión de la investigación se toman casi siempre en nombre de los solos imperativos de la competencia internacional entre superpo-

pensar en la fenomenología de Hegel, en que la sociedad burguesa figura con el nombre de "reino animal del espíritu", en tanto que para Darwin es el reino animal el que hace de sociedad burguesa». Esta visión de las sociedades animales sigue dominando, y más que nunca, la biología moderna, y de manera más amplia la relación que las sociedades industriales mantienen con la vida. Señalemos a este respecto el folleto titulado *Le Darwinisme, une idéologie scientifique* (Unidad de Investigación en Biología Crítica del Comité Nacional de Represión del Cientifismo [CNRS-URBC], disponible para quien lo solicite a Bertrand Louart, 52, rue Damrémont, 75018, París).

3. Cf. André Pichot, *La Société pure: de Darwin à Hitler*, Champs Flammarion, 2000.

tencias económicas, no como el resultado de debates públicos que sopesen intereses y valores. Los científicos no necesitan las libertades políticas: sólo les hace falta una autonomía relativa y créditos de investigación, y se adaptan bastante bien a unos regímenes autoritarios que presentan la ventaja de saber imponerse a los eventuales opositores (como en la Alemania nazi, la URSS o la China de hoy).

El edificio en que reinan orgullosos los investigadores de hoy le debe muy poco a la razón, y casi todo a los imperativos de poder político y militar, y eso cuando no son las fantasías irracionales (y, por cierto, efectivamente regresivas) de omnipotencia individual, de inmortalidad, de fusión con las máquinas, lo que sirve de motor a su huida hacia delante. Por supuesto, todo el mundo conoce estos hechos que, al fin y al cabo, resultan obvios. El tótem de la ciencia pura tiene como función precisa enmascararlos: pasar por alto una realidad (el trabajo de investigador, sus condiciones de producción, su financiación, sus consecuencias prácticas) para erigir una figura idealizada, provista de todas las virtudes (valentía, abnegación, genialidad) y al servicio del bien y de la humanidad. Según esta imagen religiosa y mesiánica de la ciencia, todos los efectos catastróficos que puedan señalarse serán considerados invariablemente meras desviaciones respecto al

modelo del científico puro, improbable híbrido de Galileo, Pasteur y Hubert Reeves. Ahora bien, la realidad es exactamente la contraria: los escasos ejemplos de investigaciones desinteresadas y no recuperables de forma inmediata por la industria y el ejército son las verdaderas desviaciones, las anomalías, los parásitos del sistema. En numerosos casos, los investigadores no conocen las conclusiones finales de su trabajo, y a menudo ni siquiera intentan conocerlas⁴. Identificarse con Galileo les basta para dormir tranquilos y para resolver todos los dilemas que pese a todo podrían surgir de su práctica cotidiana.

4. En su obra de *Análisis matemático* (Éditions Springer, 1998), Roger Godement ha añadido un epílogo titulado «Ciencia, tecnología y armamento» en que muestra cómo esa ciencia pura que son las matemáticas nunca ha estado más financiada por el ejército que durante la segunda guerra mundial y la Guerra Fría que vino después. En el primer capítulo, «Cómo secuestrar a un menor», Godement comenta así las razones que llevaron a Herbert York, cuando acababa de obtener su doctorado, en 1950, tras el estallido de la guerra de Corea, a participar en el proyecto de puesta a punto de la bomba H: «[York] explica cómo, en el ámbito científico, se puede llevar a cabo el equivalente del secuestro de un menor: te dicen que el enemigo es una amenaza, el problema científico es apasionante, los grandes hombres que admiras dan ejemplo, los argumentos de otros grandes hombres que se oponen al proyecto pero que no conoces personalmente son *top secret*, los grandes hombres que están seduciéndote se cuidan mucho de informarte honradamente sobre la cuestión y, en fin, siempre podrás consultar los documentos oficiales dentro de veinticinco o treinta años si eres estadounidense, dentro de como mínimo sesenta años si eres francés o inglés y quizá tras la caída del régimen si eres soviético. El proyecto con el que has colaborado será realidad desde hace muchísimo tiempo, sus justificaciones tal vez habrán cambiando drásticamente entretanto y, si aún no te has muerto, tus postergadas observaciones no tendrán el menor efecto».

Este fetichismo colectivo de la ciencia pura (extraño fenómeno, dado que afecta a individuos que por lo demás no dejan de reivindicar el legado de la Ilustración) no tiene como único efecto el reforzamiento de la cohesión grupal. El rechazo a hacerse preguntas sobre la realidad concreta y sensible de su práctica, que impregna en mayor o menor medida todas las actividades de investigación, lleva a una especie de nihilismo que entraña sus propias consecuencias: la disolución de cualquier criterio de juicio al margen de la eficacia, lo cual concuerda a la perfección con el reinado de la mercancía, en el cual todo es comparable e indiferente. Los investigadores, ajenos a las discusiones políticas y a los movimientos de la opinión, siempre sometida, según ellos, a lo irracional, a la moral, a las pasiones o a criterios subjetivos (y por lo tanto discutibles), pueden consagrarse así con la conciencia tranquila a los imperativos de la «creación de riqueza» de mercado, mediante su apoyo incondicional a la innovación en todos los ámbitos. El mundo de la investigación se subordina de este modo con toda naturalidad al desarrollo técnico y al crecimiento económico, es decir, a unos procesos que percibe como racionales y objetivos, ya que son cuantificables.

Así pues, nos dirigimos a todos aquellos, científicos o no, que todavía saben que el mundo no es una má-

quina. Que lo saben porque lo sienten y lo comprueban cada día en su vida cotidiana, en sus relaciones y en sus lecturas. Nos dirigimos a todos aquellos que no han perdido la curiosidad, ni la capacidad de maravillarse y de indignarse, a todos aquellos que no se contentan con ser mónadas utilitaristas y gestoras de su propia carrera y de su vida. A los que conozcan el mundo de la investigación les parecerá que somos muy optimistas al dirigirnos a quienes se dedican a ella. Pese a los valores que reivindicamos a veces con grandes alharacas (y quizá por esa misma razón), los científicos conforman uno de los grupos profesionales más aquejados de mezquindad, hipocresía, arrogancia y estrechez de miras. Pero queremos creer que nuestro discurso podría tener un eco entre algunos de ellos, asqueados de lo que ven todos los días y de lo que les obligan a hacer, y que no han renunciado aún a hacerse oír en el curso de las cosas.

*¿En nombre de qué puede
criticarse la investigación?*

A cualquier crítica se le plantea el problema de saber si puede proponer una concepción diferente de la vida y la sociedad. Se trata de un punto importante, probablemente poco precisado en nuestra declaración inicial.

Entre las reacciones a nuestro texto, muchos no han visto en él más que unas consideraciones «morales», lo que les ha bastado para dejar de hacerle caso. Para algunos (estamos pensando en los integrantes de *Salvemos la Investigación* que conocimos en la Fiesta de la Ciencia o incluso en Jacques Testart, cabeza visible de *Ciencias Ciudadanas*), cualquier apelación a valores subjetivos, sociales o políticos, en la crítica de una realidad racional como la investigación, constituye una falta grave o un pecado. Es el ambiente de una época en que el drama humano y las condiciones de vida ya no son otra cosa que «objetos de estudio» y no una parte de nuestra existencia y de nuestro mundo. Ahora bien, el rechazo de todo valor moral es también una moral. No pretendemos referirnos a tal o cual tradición inmutable, a partir de la cual se pueda distinguir definitivamente lo bueno de lo malo. Pero, antes que creer que se puede sostener una actividad política y crítica en un punto de vista idealista o sin base real, queremos afirmar un deseo de vida y proponer una cierta idea del bien común. Por esta razón defendemos explícitamente unos valores, lejos de la pseudoneutralidad que se demanda hoy.

Más allá de la cuestión moral, ¿hay un proyecto político tras nuestra crítica? Nuestra crítica de la investigación se inspira en un ideal democrático y hace suyo el proyecto de una sociedad libre, igualitaria y decente. Una sociedad en que las personas corrientes tengan la capacidad de decidir sobre el transcurso de su vida, y la libertad de inventar o conservar formas de vida que les sean propias. Un mundo como ése evidentemente es incompatible con el reino de la competencia capitalista, de la gran industria y de los medios de masas. Supone asimismo un uso común de la razón y del debate público acerca de todas las grandes cuestiones.

Al invocar la razón crítica junto a la sensibilidad pretendíamos desmarcarnos de los discursos de orden puramente religioso o místico. Habría que precisar aquí a qué nos referimos con ello. No se trata de una razón alejada de la realidad, la del racionalismo mórbido que opera en la sociedad industrial, que aspira a encasillarlo todo en sus cálculos y sus previsiones económicas y técnicas. Se trata de una razón viva, que no desmenuce lo real, que no convierta a los seres vivos en máquinas, sino que intente comprender el mundo en su unidad, su multiplicidad, sus limitaciones y, sobre todo, sus contradicciones. Una razón crítica y dialéctica, producto de una discusión y una elaboración tan colectiva y consciente como sea posible. Esta concepción

de la razón se opone a la que prevalece en la «comunidad científica», en que no es más que un cálculo lógico y solitario, producto de la atomización y la desposesión de los individuos. Decía Chesterton que el loco es alguien que lo ha perdido todo excepto la razón...

Reivindicar el uso de la razón supone también considerar legítimo que los individuos y las comunidades cuestionen el orden establecido y las verdades inmutables que heredan del pasado, y que se provean, en la medida de lo posible, de sus propias instituciones. Creemos en la facultad de los humanos para inventar y alumbrar imaginarios nuevos y nuevas formas de vivir en sociedad. Y en esta óptica, en sentido contrario a ciertas posturas estrechamente antirracionalistas, no creemos que haya que tomarse a broma el intento de reapropiación de las condiciones de vida propia mediante el empleo colectivo de la razón. Al contrario, hay que defender este empeño y esta capacidad de deliberar colectivamente, y hoy nos hacen falta de manera acuciante. «Nuestro mundo se caracteriza por la fe en la ciencia y la tecnología, y, simultáneamente, por una rebelión generalizada contra la razón», señalaba Christopher Lasch ya en 1979¹. Es decir, que la sumi-

1. Véase el posfacio a su obra *La cultura del narcisismo*, Editorial Andrés Bello, 1999 (primera edición en EE.UU.: 1979), pág. 294. Y añadía: «Los mitos y las supersticiones arcaicos resurgen en el corazón de las naciones más modernas, más científicamente educadas y más progresistas del orbe. La

sión ciega a la dictadura de los expertos puede acoger muy bien una revuelta desesperada contra la razón, y ambas actitudes son en realidad obstáculos complementarios para cualquier reapropiación colectiva de nuestro destino.

Al mismo tiempo, la historia de esos dos últimos siglos, la experiencia de los movimientos revolucionarios y la envergadura de las catástrofes actuales nos obligan a hacernos preguntas acerca del proyecto político de autoinstitución de las sociedades humanas, sus valores y sus logros. Y, en primer lugar, de la idea de autonomía, en cuyo nombre criticábamos en nuestra declaración inicial el lugar creciente que ocupa la tecnociencia. Por cierto que no han faltado quienes nos han reprochado que, al hablar de «dominio» y «autonomía», estuviéramos adhiriéndonos en realidad a un proyecto tan autoritario y peligroso como el de la ciencia. Por ello hemos de precisar que, para nosotros, la autonomía no designa la liberación íntegra de las sociedades humanas respecto a todo lo que las precede y que les parece externo. Una gran parte de la crí-

coexistencia de tecnología avanzada y espiritualidad primitiva nos sugiere que ambas arraigan en condiciones sociales que impiden cada vez más que el individuo acepte la realidad que suponen el pesar, la pérdida, la vejez y la muerte: en suma, el hecho de vivir con limitaciones. Las ansiedades peculiares del mundo moderno parecen haber potenciado antiguos mecanismos de negación».

tica social desde hace dos siglos había atribuido a los seres humanos el «dominio consciente» de su destino común. Este objetivo se traducía casi siempre en la convicción de que cualquier progreso humano conlleva una reducción creciente de lo dado, de lo no dominado, de lo incomprensible, hasta la artificialización total de la Naturaleza, incluida la naturaleza humana. Así enunciado, este proyecto podría parecer una quimera, tanto más peligrosa cuanto que ha estado unido durante mucho tiempo a los progresos visibles del dominio científico del mundo. Hoy, lo que lleva a algunos a defender las técnicas de refrigeración climática y los «avances» de la neurociencia es la misma fantasía de dominio y la misma creencia ingenua de que podría servir a la emancipación humana. Creemos que ya ha llegado hace tiempo el momento de romper con esta ilusión. El delicado equilibrio entre el ideal de autoinstitución de las sociedades y el respeto de las realidades que las superan, y que son la condición necesaria para su existencia, no es un problema reciente². No pode-

2. La respuesta que daba Cornelius Castoriadis a quienes le reprochaban que defendiese el ideal de un control colectivo de las cosas humanas, pese a su crítica radical del proyecto de la ciencia moderna, nos parece muy juiciosa: «la autogestión, y de forma más amplia el autogobierno de la sociedad, no es el control en el sentido habitual del término. 'Control' es el término programático del capitalismo. La autonomía, el autogobierno, es [...] la decisión colectiva, el hecho de apartarse de un poder cuya legitimidad no se reconoce y de reconocer que es la propia sociedad la que crea sus leyes, que tenemos que decidir lo que debemos hacer, pero sabiendo con precisión

mos ofrecer ni mucho menos una respuesta definitiva a todas las cuestiones que plantea dicho problema. Invitamos a volver a plantearlas con lucidez de manera conjunta a la luz de la experiencia pasada, al contrario que la ideología del Progreso, que pretendía haberlas solucionado de una vez por todas, con los resultados que ya sabemos.

que vivimos sobre el Caos, sobre el Abismo, que además nosotros mismos somos Caos y Abismo, y que el control es por consiguiente una ilusión. Si nos atenemos a la idea del control, llegamos a la sociedad ideal que un filósofo pueda haber definido de una vez por todas: es decir, la heteronomía» (Cf. *Fenêtre sur le chaos*, Seuil, 2007; aunque este pasaje data de 1982).

¿Qué hacer?

¿Qué proponemos?

En este estadio de la discusión, nuestros interlocutores suelen preguntarnos: «¿Pero qué proponéis entonces?». En nuestra declaración no proponíamos gran cosa en concreto, y no teníamos la pretensión de llamar a una revolución inmediata. Muchos nos respondieron: «Tenéis razón, pero no es así como hay que actuar». Aportamos aquí algunas precisiones sobre las cuestiones de estrategia y de postura.

¿Una ciencia «ciudadana»?

Nuestra postura choca con los objetivos y las prácticas de la asociación *Ciencias Ciudadanas*. Su crítica —por lo demás fundamental y bien documentada— de las «derivadas» de la investigación actual es tributaria de una concepción idealista de la ciencia, de su historia y de los efectos políticos y sociales que ha tenido desde hace décadas¹. El discurso de la aso-

1. Lo que lleva a *Ciencias Ciudadanas* a «[apoyar] completamente las demandas de los investigadores para obtener más medios» (Jacques Testart, Lionel Larqué, «De l'air pour la recherche», *Libération*, 4 de octubre de 2006). Los autores añaden que desean «igualmente» una transformación «de la orientación, las maneras de decidir, los estudios de prevención, las relaciones entre investigación y práctica». En resumen, cambiarlo todo salvo la constitución de la investigación como industria destinada a acumular cada vez más conocimientos, a movilizar tecnologías cada vez más costosas, a salarizar cada vez a más investigadores... como perfecta sirvienta del desarrollo económico y social.

ciación parece compartir el ideal del perfeccionamiento infinito de los conocimientos, que considera un desvelamiento de la verdad y la condición para la emancipación social. No creemos que este perfeccionamiento nos otorgue acceso a una mayor comprensión de nuestro mundo; por el contrario, prolongaría el empeño de simplificarlo y reconstruirlo. Tampoco creemos que una ciencia inmensamente perfeccionada sea una ciencia inmensamente democrática, y menos aún que esté al servicio de la democracia. Para quien no se contente con las bellas palabras, es imposible «democratizar la ciencia» sin cuestionar la naturaleza misma de la actividad científica. La tecnificación general de la vida no puede compensarse realmente con una mayor participación de individuos expertos en todos los ámbitos. *Ciencias Ciudadanas*, en su crítica del carácter no democrático de la investigación, no llega a cuestionar el reinado de los expertos ni la creciente desposesión de las personas corrientes en beneficio de los especialistas. Por el contrario, opinamos que el problema no es tanto la ceguera o la perfidia de los gestores como el carácter ciego y pérfido de la propia gestión. Y este problema no desaparecerá ni cambiando de élites ni simulando la democracia con algunas conferencias esporádicas en torno a decisiones ya tomadas.

¿Un discurso «ultravioleta»?

Entre los investigadores y demás personas que se interesan por este asunto y que han hecho el esfuerzo de escucharnos, algunos nos reprochan unos métodos demasiado «brutales» y una crítica «extremista» de la ciencia, carente de matices y tendente a la «exageración», el «exceso» y la «caricatura». Ya nos gustaría oírles indignarse públicamente respecto a las «exageraciones» y los «excesos» de la ciencia realmente existente...

Muchos intelectuales, a veces muy críticos con las «derivadas» de la ciencia, parecen más preocupados por preservar su pequeño hueco en el escenario, donde tienen un lugar asegurado para discutir indefinidamente con otras personas de calidad sobre «la ciencia y sus derivadas», aunque sea junto a los enterradores del mundo. ¿No serán los extremistas esos partidarios de una artificialización completa de la naturaleza y de una remodelación del cuerpo humano gracias a las tecnologías de vanguardia? Y aquí no nos referimos exclusivamente a los transhumanistas y demás fanáticos que se dedican a la creación de ciborgs. El proyecto global de la tecnociencia consiste en querer salvar la biosfera fabricando una naturaleza de síntesis; y en cambiar al hombre, ya sea con la idea de mejorarlo o «solamente»

de adaptarlo a un medio vital cada vez más degradado. Se han invertido miles de millones en nombre de estas fantasías desde hace ya mucho tiempo. Los científicos que pretenden ser moderados saben fehacientemente que algunas investigaciones sobre nanotecnologías, como por ejemplo en el polígono Minatec, inaugurado en junio de 2006 con protección de los antidisturbios, pueden tener literalmente cualquier consecuencia.

Nuestra crítica no tiene la ambición de imponerse de manera autoritaria, contrariamente al Estado y a la industria que llevan dos siglos trastornando el mundo y la condición humana mediante una política sistemática de hechos consumados. Es curioso ver que toda crítica radical (que vaya a la raíz de las cosas) se asimile hoy a una voluntad dictatorial. Sólo se oye a aquellos que tienen el poder de hacer callar a los demás —dirigentes, grandes medios, expertos— y no se ve la violencia en las prácticas y los discursos dominantes, que impiden la gestación de otras posibilidades e imponen un modelo único de vida y de sociedad en las cabezas y en los hechos. Cualquier discurso que no participe de la misma voluntad de poder exclusiva se vuelve casi inaudible.

¿Una postura «catastrofista» y «derrotista»?

Se nos ha acusado con frecuencia de «catastrofismo»: se dice que tenemos tendencia a centrarnos en todo lo que no funciona, «cuando hay muchas cosas que están bien, incluso las que han hecho unos investigadores», como por ejemplo el rechazo a publicar resultados cuando corren el riesgo de ser mal utilizados. A estas personas —y sabemos que existen— les decimos: uníos a nosotros.

En cuanto a la situación general (el hundimiento ecológico en particular), la acusación de catastrofismo no se sostiene. Siempre es posible enterrar la cabeza y negarse a ver la unidad de un panorama que los estudios científicos confirman en detalle, pero los hechos son estos: lo catastrófico es la situación real, no nuestra postura. Los poderes establecidos lo admiten hoy (hace algunos años se contentaban con negarlo) e intentan tomar medidas parciales con el fin primordial de «no sembrar el pánico», es decir, de neutralizar la carga crítica que puede representar esta constatación. No queremos gestionar las catástrofes² sino eliminar sus causas (el caótico desarrollo de las sociedades industriales), mientras aún sea posible.

2. Al estilo de Jean-Pierre Dupuy, *Pour un catastrophisme éclairé*, Seuil, 2002.

El título de nuestra declaración («El futuro triunfa pero no tenemos porvenir», que le debemos a Bernard Charbonneau³) les ha parecido a algunas personas un tanto derrotista. El futuro de que hablamos no es tanto el de la ciencia-ficción⁴ como el de la anticipación, esa manía intelectual tan de moda desde los años sesenta, que consiste en describir invariablemente los años venideros como el prolongamiento automático de lo que está ocurriendo en la actualidad. Manía que contribuye así a mantener el *statu quo* y agravar las patologías de nuestra civilización, condicionando las decisiones importantes, desacreditando por adelantado las resistencias a las transformaciones en curso y sellando los imaginarios. Afirmar que, en este contexto, «no tenemos porvenir» significa subrayar hasta qué punto la sumisión que muestran las élites políticas, administrativas e intelectuales hacia el futuro de la anticipación ha permitido desde hace cincuenta años que la política ya no sea otra cosa que una interminable «mo-

3. *Le Système et le Chaos*, Economica, 1990 (primera edición: 1973), pág. 179.

4. Cuesta mucho distinguir, en las novelas de anticipación y las revistas de divulgación científica, las fantasías inaccesibles y las posibilidades reales. Al parecer sobre todo tendremos derecho a los aspectos más pesadillescos del cuadro, especialmente en términos de armamento, tecnología de vigilancia y artificialización del mundo. Pero lo esencial no parece que vaya a producirse —lo que por otra parte no lamentamos—, y los escasos avances «benéficos» que se aproximarán un poco a lo previsto, particularmente en el plano médico, sólo concernirán a unas pequeñas fracciones de las clases dominantes.

dernización» y ha hecho casi inconcebible cualquier forma de apropiación colectiva de su destino por parte de los individuos y las comunidades humanas; especialmente para las jóvenes generaciones, que han nacido en una época en que el Progreso ya había realizado sus logros más imponentes (la conexión de los hogares a la televisión y la urbanización generalizada, que ejercen un efecto de obstrucción sobre la imaginación) y sus daños probablemente irreversibles (contaminación química en dosis elevadas, residuos radiactivos, perturbaciones climáticas).

Sin embargo, eso no quiere decir que nos resignemos a aceptar que la historia haya terminado. Pese a las dificultades inéditas que se presentan hoy, no estamos en absoluto de acuerdo con la filosofía eterna de las clases dirigentes: «Ha habido historia, pero ya no la hay»⁵. Si hemos destacado la elocuente fórmula de Charbonneau es precisamente para salir del callejón sin salida en que nos encontramos y hacer frente a las cobardes predicciones de los dirigentes. Si hemos hecho nuestra esta crítica es porque creemos que aún es posible desmentir este futuro trazado por otros y reabrir perspectivas, como ya ha ocurrido en numerosas ocasiones en el pasado, en circunstancias a veces muy

5. La fórmula es de Marx, que parafraseaba en *Miseria de la filosofía* a los Fukuyama de su época.

desfavorables; aunque, una vez más, las de nuestra época tienen algo de inédito.

¿Una crítica demasiado intelectual?

Se nos ha reprochado en ocasiones el carácter intelectualista de nuestra crítica, en una época en que sería mucho más urgente «pasar a la acción». No creemos hacer gala, ni en la declaración inicial ni en este texto, de hermetismo, ni de un gusto pronunciado del refinamiento teórico por sí mismo. Pero el problema es que la crítica del mundo actual no es sencilla y que el instinto de revuelta —cuán legítimo— puede hallarse completamente desarmado ante la dura realidad. No basta con oponerse a la tecnociencia porque sea algo evidente, o porque pertenezca al odiado Sistema. Por ejemplo, a nuestro juicio la opresión se basa en una proporción nada desdeñable en el olvido del pasado, y en su corolario, el mito del Progreso. Para reconstruir un(os) proyecto(s) político(s) aglutinante(s) y pertinente(s), el restablecimiento de ciertas realidades históricas es crucial, aunque pueda parecer fastidioso e irrisorio en un momento en que las malas noticias y los proyectos criminales se encadenan a toda velocidad.

Las acciones que realizamos tienen como meta la denuncia de los falsos debates «democráticos» que pretenden sumergir las preguntas importantes en la confusión y el consenso; la colaboración de periodistas, sociólogos y otros «filósofos» que ningunean, deforman o neutralizan la crítica para que la gran mayoría acepte mejor las novedades tecnológicas; el poder de la propaganda de los partidarios de la energía nuclear, que se imponen hasta en las escuelas para vacunar a los niños de diez años contra el espíritu crítico... En vista de las relaciones de fuerza actuales, la escritura y el enfrentamiento verbal son armas muy valiosas, aunque lo fundamental es dotarse también de medios, ilegales si fuera necesario, para resistir en la práctica a las proezas de la investigación-industria.

El problema de la dimisión

¿Hay que dimitir e incitar a los investigadores a la dimisión? Ésta no será muy útil si se traduce en un repliegue a la vida privada, sin la perspectiva de un cuestionamiento público del papel político de la tecnociencia. Este problema ya se planteó en los años setenta, pero hoy la situación es aún más grave, y sobre todo la re-

lación de fuerzas es más desfavorable⁶. La busca de la autonomía respecto al sistema industrial, por ejemplo mediante la construcción de espacios de experimentación que estén al abrigo de dicho sistema, sigue siendo una vía indispensable, pero insuficiente. Porque hace falta un movimiento que una y estructure las «deserciones», que pueda federar a quienes quieran dimitir e incitarles a proseguir otras actividades críticas. Entretanto, permanecer en el propio puesto para manifestar su oposición y suscitar otras vocaciones, a riesgo de verse relegado, no tiene por qué ser una traición de las convicciones. Al contrario, hay que frenar activamente las cada vez más abundantes barreras en las universidades y en los espacios públicos en general (controles de acceso, sistemas de tarjetas, presencia policial) a fin de que siga siendo posible ocuparlos y hacer un uso di-

6. A título de ejemplo, así es como Jean-Marc Lévy-Leblond (a quien nuestra declaración inicial le parece «ultraviolenta» -cf. «Faut-il faire sa fête à la Science?» en *Alliage*, nº 59, 2007-) prologaba, hace poco más de treinta años, la segunda edición de su *Autocritique de la science* (Seuil, 1975, pág. 21). Relatando los debates que agitaban entonces las instancias políticas, tanto sobre la biología moderna como sobre la energía nuclear, afirmaba: «La presunta neutralidad de la ciencia, ya atacada en el discurso ideológico, recibe ahora el golpe de gracia en la lucha política. Es demasiado pronto para saber cuál será el desenlace de estas luchas. Una cosa sin embargo es segura: no han hecho más que empezar. En ese sentido, este libro tardará en dejar de ser vigente». Véase también, acerca de la cuestión de la dimisión: Alexandre Grothendieck, *Allons-nous continuer la recherche scientifique?*, 1972, folleto reeditado por Oblomoff, disponible para quien lo solicite.

ferente de ellos, por lo menos de forma temporal; para discutir y reunirse en ellos.

Con el fin de devolver su sentido a la palabra libertad, de detener la degradación creciente del medio y, en una palabra, de liberarnos de los poderes y de los procesos destructivos que desfiguran nuestras vidas, debemos tender de manera colectiva hacia una mayor autonomía intelectual y técnica. Autonomía intelectual: debemos someter el conocimiento a la comprensión, a la comprensión de lo que *nos* sucede, como decíamos en la declaración. ¿Para qué sirven los «objetos inteligentes» y los «sistemas expertos» si las personas son incapaces de pensar y formular ideas colectivamente? Antes que a producir cifras incomprensibles y tecnologías que subyugan tanto a quienes las inventan como a quienes se sirven de ellas, el esfuerzo intelectual debe tender a restituir un poco de legibilidad y de significado a este mundo. Autonomía técnica: uno de los retos de hoy es desmantelar ciertas averías del laboratorio terrestre, desenterrar saberes sepultados y hacerlos evolucionar. Algunos conocimientos y herramientas de la ciencia moderna tal vez podrían formar parte de un proyecto de emancipación de la lógica competitiva y de la carrera por el poder. Físicos y geólogos serán necesarios para parar las centrales nucleares y hacer frente al problema de sus residuos; y pro-

bablemente harán falta agrónomos y químicos para contribuir al cuidado de los suelos agotados por la agroindustria⁷.

De un modo más profundo, la reflexión intelectual y los saberes técnicos deberían formar parte de una cultura común local, democrática, manejable. Cultivar la ciencia significa ciertamente y ante todo hacerla más cultivada: reintroducir en ella valores distintos de la eficacia servil, el gigantismo, la automatización y la objetivación de las personas. Así, la belleza, la sobriedad, la apropiabilidad, la perennidad de los objetos y el enriquecimiento del trabajo individual son criterios de primer orden cuando hay que crear herramientas. Uno de los móviles de nuestra actividad como Grupo Oblomoff es la esperanza de asistir a la abolición de la investigación científica como actividad social aislada y especializada. Para que otra vida sea posible, conviene cambiar en profundidad nuestra relación con el conocimiento. Desde luego que no se trata de privar a la investigación científica y la curiosidad intelectual de sus aplicaciones prácticas, aunque el establecimiento de una relación no mercantil con el conocimiento es el meollo de lo que deseamos crear. Ambas aspiraciones («utilidad» y «gratuidad»)⁸ no son contradictorias,

7. Cf. por ejemplo el trabajo de Lydia y Claude Bourguignon.

8. Hasta donde es posible hablar de gratuidad al margen del sistema

porque no esperamos que esta libertad de dedicarse al conocimiento se base en una extinción milagrosa de la necesidad (posibilitada precisamente por las aplicaciones de la tecnociencia).

En el sueño progresista, el trabajo humano debía ser eliminado por las máquinas, para permitir que hombres y mujeres dispongan de «tiempo libre». Vemos hoy qué ha engendrado este sueño: las máquinas han empobrecido el trabajo o sencillamente han excluido a los humanos de la producción; el «tiempo libre», cuando existe, carece de anclajes en una comunidad técnica y política, una comunidad de necesidades y valores, y por lo tanto condenada al aislamiento y al consumismo. Disponer de un tiempo de ocio suficiente para crear e investigar de manera desinteresada es importante, por supuesto, pero esto no puede ni debe apoyarse en la automatización, sino más bien en una simplificación y una redefinición de las necesidades a escala local. Es decir, no imaginamos un mundo libre en que sólo se trabaje dos horas al día con ordenadores, a buena distancia de la materia, al abrigo de la suciedad y del esfuerzo físico. Por el contrario, deseamos

capitalista, en la medida en que el conocimiento no es «gratuito» en ninguna sociedad, ya que siempre posee metas religiosas, políticas, sociales, etc. Por otra parte, precisemos que en la era de lo digital, la gratuidad se convierte en un mero argumento de marketing con miras a la constitución de masas críticas de usuarios que permitan obtener beneficios gracias a la publicidad.

unos mundos en que pueda disponerse de un tiempo considerable para conocer aquello y a aquellos que nos rodean; conocimientos que tendrían una función práctica y una dimensión contemplativa inseparables: la botánica supone a la vez aprender a contribuir al crecimiento de las plantas y a profundizar en la comprensión de lo vivo; la astronomía puede ser un placer para los sentidos y alimentar una visión estética de la naturaleza, y al mismo tiempo ser útil para que un jardín prospere y para orientarse en el desierto o en la mar; el estudio de la historia de los siglos pasados no debe aspirar solamente a la erudición o el agrado de «conocer las raíces» sino abrigar la reflexión sobre las formas actuales de organización de la vida material y política.

Aunque valoramos la defensa de actividades y de investigaciones desinteresadas en el mundo que conocemos, lo que realmente nos importa, cuando pensamos en una sociedad diferente, es que las actividades de supervivencia autónoma de hombres y mujeres no estén exentas de placer y de cultura, como ocurre con la mayoría de tareas de nuestra época. La exigencia de autonomía implica una creación y una apropiación permanentes, individuales y colectivas, de técnicas «conviviales» y de los elementos teóricos correspondientes, que representarían una forma de investigación de pleno derecho, al servicio de una vida cotidiana.

na emancipada; simplemente, esta investigación se orientaría hacia unas finalidades muy distintas y se organizaría de una manera completamente diferente de la investigación actual. En un mundo semejante, la curiosidad intelectual contaría con igual estímulo, si no más, que en el nuestro, pero se emplearía mejor; y la práctica tendría más peso que la teoría pero de una forma muy diferente a la de la sociedad industrial.

Precisemos por último que si estas pistas y líneas de horizonte constituyen en este momento una base mínima que permita vislumbrar un punto de vista (imaginario) a partir del cual estamos expresando nuestra crítica de la sociedad contemporánea, son doblemente hipotéticas. Por un lado, en nuestra opinión el trabajo de elaboración y discusión que necesitan semejantes reflexiones está todavía en mantillas. Por otro lado, es evidente que un colectivo reducido no tiene vocación de elaborar en detalle un proyecto de sociedad alternativo; éste correspondería por fuerza a los movimientos políticos y los grupos sociales que tendrán que hacerlo avanzar introduciendo una ruptura en el orden actual.

En un contexto político más sombrío cada día, en que la mayor parte de la población se niega a cuestionar su modo de vida y su actividad cotidiana, cuando no se identifica claramente con las consignas y los proyectos autoritarios, queremos actuar con metas a largo

plazo y al lado de otros. Algunos ya nos han preguntado cómo pueden unírse nos. Por supuesto, estamos dispuestos a juntarnos con cualquier persona interesada y de hecho planeamos organizar jornadas de debate abiertas sobre temas relacionados con nuestro compromiso. Sin embargo, nuestra ambición no es formar un partido ni ampliarnos de forma indefinida, sino sobre todo hacer que circulen ciertas ideas, dar confianza y consistencia a los rechazos y a las resistencias que, demasiado a menudo, son individuales. Hacemos un llamamiento a todas las personas, en el mundo de la investigación y fuera de él, a provocar grietas por doquier en un consenso cientifista basado en la renuncia, la sumisión y la abdicación intelectual y moral. El tiempo dirá si podemos esperar más. Por lo demás, no somos ni mucho menos los únicos que se oponen a las instituciones estatales y que experimentan formas democráticas autónomas; que rechazan la dominación de la economía y tratan de escapar de ella. Existe un frente en construcción, cuyas bases requieren un gran trabajo de esclarecimiento, especialmente en el momento en que la degradación del medio ambiente está otorgando un nuevo impulso a la industria y la burocracia y deja entrever la amenaza de un capitalismo verde.

El salario del miedo

De febrero a mayo de 2009, la ampliación de la ley sobre la autonomía de las universidades incluía una reforma del estatuto de profesor-investigador, lo cual suscitó un movimiento de protesta en las universidades y los institutos de investigación de toda Francia. El texto que sigue se escribió con este motivo.

«¿Y nosotros? ¿No somos muertos que caminan? Pudrirse en vida es una mierda, ya lo sabes».

El salario del miedo,
Henri-Georges Clouzot, 1953

Las universidades han sido ocupadas y reocupadas incansablemente; se han pegado carteles y escrito panfletos; ha habido manifestaciones durante días enteros; se ha respirado mucho gas y se han desbordado cordones de antidisturbios; asistido a asambleas y organizado comisiones, clases fuera de las aulas y proyecciones; ocupado todos los locales imaginables de madrugada antes de ser sacados por la fuerza y a porrazos. Para cualquiera que no sea un revolucionario profesional, todo esto es agotador y penoso y, una vez pasados los momentos de exaltación, hay que llegar a la universidad al amanecer y marcharse muy tarde; an-

dar de acá para allá bajo la lluvia con las mismas decepciones en la cola de una manifestación; bregar con esquiroles; dormir menos y dejar de lado las cosas que más nos importan.

¿Todo esto para qué? Para reclamar un empleo estable y un salario digno. Ya se trate del movimiento contra el CPE (contrato de primer empleo) o de las huelgas universitarias contra la LRU (ley de responsabilidades de las universidades)¹. Al final nadie retiene otra cosa que una única reivindicación de fondo: obtener una plaza en el aparato productivo nacional, el derecho de entrar en el mundo asalariado. Por supuesto, es legítimo pelearse para que no le echen a uno a la calle en cualquier momento, siguiendo el capricho de un jefe, ya sea patrón o rector; es legítimo negarse a ser tratado como un precario o un esbirro durante años. Es comprensible que la precariedad se haya convertido hoy en una cuestión central. Como también es lógico que, desde un punto de vista individual, el dinero y la garantía estatutaria puedan parecer un refugio, por lo menos temporal; hay que enfrentarse al mundo tal

1. La ley del CPE, del primer gobierno Sarkozy, suscitó una fuerte contestación en la primavera de 2006. La LRU desencadenó el movimiento estudiantil de 2007 a 2009, al que se hace referencia en numerosas ocasiones a lo largo del libro. La principal forma de protesta del movimiento consistió en el bloqueo de las facultades para impedir el acceso en las jornadas de protesta. (*N. del T.*)

como es. Pero la reflexión colectiva no ha estado a la altura del tiempo pasado y de los esfuerzos invertidos; es triste, pero se delegó la palabra en las consignas vacías de las organizaciones.

Lo que tiene eco son esas palabras sin contenido, desde las pancartas a los lemas, desde los panfletos a las intervenciones públicas, apuntando siempre al siniestro modelo de los Treinta Gloriosos². ¿Cómo explicar esta extraña nostalgia, este pensamiento tan corto de miras y que queda tan lejos de la altura de la actual situación histórica? ¿De dónde viene semejante falta de imaginación, de audacia y de valentía intelectual? Parece que hay que buscar la clave en la angustia que atraviesa la época y que todo el mundo concuerda en traducir hoy con la idea de «precariedad».

Precisamente porque la lucha contra la precariedad es crucial, no podemos contentarnos con pedir dinero y una plaza de funcionario o un contrato indefinido del tipo que sea. Esta lucha no puede reducirse a una cuestión de estatuto y medios financieros. Y, al contrario de lo que se oye por todas partes, no se podrá triunfar cambiando algunos parámetros («aumentar la parte de valor añadido que se dedica a los asalariados», «au-

2. Los Treinta Gloriosos son en Francia las tres décadas de crecimiento económico que van desde el final de la segunda guerra mundial hasta la primera crisis del petróleo en 1973. (N. del T.)

mentar el número de puestos de investigadores», «aumentar el número de becas para tesis»). Lo que está en juego es la naturaleza misma de nuestras sociedades, nuestra manera de vivir en el mundo, lo que decidimos producir y con qué fines.

La precariedad no es sólo un contrato de prácticas, horarios móviles a capricho y trabajo dominical forzado. Es preguntarse si el oficio que uno ejerce seguirá existiendo dentro de cinco años; no dejar nada tras de sí de lo que uno pueda estar orgulloso o en lo que pueda reconocerse; no saber si la empresa enviará a las personas con que uno se codea a diario a la otra punta del país o del mundo; no reconocer los lugares en que uno ha vivido la infancia tras el paso de los promotores y los urbanistas; preguntarse si habrá que pasar por una fecundación *in vitro* para tener un crío; tener miedo de lo que se come y del aire que se respira; las consecuencias de las recientes catástrofes nucleares; preocuparse por los próximos virus o temer que los peces que se pescan en el río de al lado ya no sean comestibles. Lo que traducen todos estos sentimientos es que hemos perdido el control de nuestro entorno material inmediato, de todo aquello que forma la sustancia de nuestra vida cotidiana. Y en este universo falsamente confortable y radicalmente hostil prosperan las peores inclinaciones de la naturaleza humana. Sobrevivir en

el mundo del trabajo y fuera de él significa seducir a los poderosos e intimidar a los débiles. Cada individuo se convierte en un pequeño táctico angustiado por su propia imagen, se obliga a sí mismo a no decir lo que piensa y no tardará en obligarse a no pensar.

Esta crispación es la razón principal de nuestra incapacidad de pensar más allá de un empleo estable y un salario correcto, incluso en mitad de unas movilizaciones políticas de gran calado. La precariedad, en la que muchos estamos inmersos de manera constante, acaba erosionándonos; y nuestras rebeliones, sometidas al ritmo de nuestras incertidumbres, también se ven erosionadas. Tan precarias como nuestra condición social. En sus grandes líneas —sindicales— y pese a su obsesión por no contentarse con las críticas negativas y por proponer algo *en positivo*, esta agitación no defiende otra cosa que un sórdido arreglo de lo mismo. Como si, para hacer frente al futuro con serenidad, las garantías contables fueran más importantes que, por ejemplo, la independencia de juicio y los saberes técnicos necesarios para no ser condenado, a la mínima interrupción de los flujos de alimentación y entretenimiento, a vagar como una bala perdida. Como si el hecho de cotizar para la jubilación desde los veintidós años fuera más importante que defender un mundo en que los ancianos no sean ni una carga penosa ni

un sector de mercado. Como si hubiera que felicitarse por el hecho de que hoy, gracias a la seguridad social, sea accesible para casi todos una vida entera con respiración asistida, mientras la salud humana se degrada. La gestión burocrática de la existencia no es más que un triste sustituto de la vida social, y será un magro auxilio en el mundo de la obsolescencia permanente, de las cada vez más abundantes nocividades y de la rivalidad narcisista. Los estudiantes tienen un atisbo de todo ello ante su mirada: sus aliados más fieles han aparecido entre los maestros y miembros del personal más precario, así como entre los profesores más jóvenes, e incluso entre ciertos catedráticos marginales. Por el contrario, por parte de los miembros instalados no han obtenido otra cosa que la ronda interminable de los cazadores cazados, lo bastante cobardes o arribistas para elogiar la exposición permanente al riesgo desde lo alto de su estatuto esculpido en mármol.



Ciertamente, las políticas de «liberalización» de la economía que han denunciado las movilizaciones recientes —privatización de los servicios públicos, de la Universidad, precarización de los puestos y aumento de la subcontratación, reformas del contrato de tra-

bajo— suponen un paso más hacia lo peor. Nadie niega que es desolador ver cómo las empresas nacionalizadas pasan a manos de las multinacionales, con todo lo que ello conlleva: aumento de las tarifas, degradación del servicio, objetivos de rentabilidad y todo el aderezo del marketing. La situación de las clases medias y las más pobres se vuelve más frágil. Pero el giro neoliberal, la recomposición del aparato burocrático, su cesión a las grandes compañías, revela, más profundamente, una modernización iniciada durante las famosas tres décadas de «desarrollo», los Treinta Gloriosos.

El milagro económico que suscita en los movimientos sociales de hoy tantos suspiros nostálgicos se produjo a cambio de una desposesión creciente de las actividades cotidianas en favor de las administraciones públicas o privadas. Los saberes agrícolas fueron expropiados en beneficio del INRA (Instituto Nacional de la Investigación Agronómica); nuestra alimentación, de las cadenas de distribución sobre las que no tenemos ningún control, y hemos delegado del mismo modo la gestión de los residuos, del agua, del cuidado de los espacios naturales y de los monumentos, hasta nuestra capacidad de divertirnos y representarnos el mundo, cedida a la televisión del Estado y más tarde a los grandes grupos mediáticos. No resulta sorpren-

dente que nos cueste reconocernos en un mundo en que ya nadie es responsable, salvo de manera ficticia. Saber quién se es requiere así la capacidad de modelar el entorno inmediato en que uno vive, de establecer por sí mismo y junto a los demás sus propias necesidades. En este mundo administrado, la identidad está hecha unos zorros. Para identificarse sólo queda la vida íntima —profundamente formateada por la irradiación de la psicología de masas y el dominio del marketing— y el oficio que uno ejerce.

En esta sociedad de masas administrada a gran escala, la identidad se basa en el empleo y, por consiguiente, la miseria psicológica que causa su pérdida es la más grande. Pero, asimismo, en este sistema, que sólo debe su supervivencia a los constantes aumentos de productividad, el empleo es lo más inestable. Siguiendo la lógica del darwinismo tecnológico, según la cual sólo sobreviven las industrias de mayor concentración técnica, los saberes están condenados a ser transitorios. Suelen consistir en saber utilizar nuevas máquinas, a la espera de la próxima reestructuración, que disminuirá aún más la cuota de trabajo humano. Dirigida por el Estado desde los años sesenta, la informatización de la producción se concibió para reducir a la vez el número de trabajadores pero también sus prerrogativas en el ejercicio de eso que cada vez me-

rece menos llamarse oficio. Oleadas sucesivas de taylorización han vaciado los empleos de hoy y han hecho que los asalariados sean intercambiables. Dentro del capitalismo industrial, todo empleado se encuentra, por naturaleza, en periodo de prórroga. Y mientras la producción material se deslocaliza hacia los países «en vías de desarrollo», donde se concentra el desastre ecológico, aquí, en nuestra economía de servicios presuntamente inmaterial, florecen unos empleos de servidumbre: esclavos de las cadencias robóticas, criadas de los «servicios a la persona», soldaditos del *management*. La batalla del mercado de trabajo y la proliferación de titulaciones son tanto más despiadadas cuanto que los buenos puestos, lo que conceden un poco más de autonomía y todavía conservan un significado, se han vuelto escasos.

Así, aunque las privatizaciones aceleren este proceso, si el futuro de muchos de nosotros tiene la forma de despidos sucesivos, de reconversión y de formación continua, es ante todo a consecuencia de la política industrial llevada a cabo por el Estado a largo plazo, de sus inversiones a fondo perdido en la investigación y en las empresas nacionales. En una economía basada en el crecimiento, es decir, en el cambio perpetuo, es lógico que se tenga la impresión de que hay que correr cada vez más para seguir en el mismo sitio. Y si los te-

mores cristalizan en torno al empleo es porque, a falta de todo lo demás, nuestra existencia ya sólo depende de él. El trabajo asalariado se ha convertido en nuestro único hábitat. En el fondo, lo sabemos bien: así como la precariedad no se resume en un contrato de trabajo de duración determinada, el hábitat no puede reducirse a la posesión de un piso de tres habitaciones en la periferia de una ciudad, cerca de la estación y de la zona comercial. Habitar el mundo significa poder encontrar su lugar y ubicarse en él. Significa tener ocupaciones con sentido, un círculo de amistades y un lugar de vida que no sean tributarias de un movimiento del CAC 40³ que obligue a mudarse y a dejar a sus colegas y su mundo. Significa enterarse con alegría de que Carrefour se ha arruinado, porque la gente sabe cultivar un huerto y recuperar el agua de lluvia, mientras otros crían animales: saber que la vida seguiría aunque internet dejara de funcionar. Por contraste, la gran precariedad es una dinámica propia del capitalismo industrial que consiste en privar a los individuos de sus medios de habitar el mundo. Es cada vez más difícil *estar* en él y *pertenecer* a él.

3. El CAC 40 (Cotation Assistée en Continu), semejante al Ibex 35 español, es un índice bursátil de la Bolsa de París de las cuarenta empresas francesas más importantes. (N. del T.)

Después de varias décadas de proletarización, el sistema nos ha hurtado los medios para comprender quién somos, y nos deja pocas esperanzas de llegar a ser alguien. Sin embargo, siguen repitiéndonos al unísono —y ya tiene narices— que todo dependerá de la manera en que cada cual asuma su futuro. Se trata de un problema de motivación, dicen, casi un asunto de psicología individual. No sorprende semejante discurso viniendo de los consejeros de las oficinas de empleo: es la consigna. Pero descorazona oír expresarlo casi en los mismos términos durante una huelga en las universidades. En mayo de 2009, los profesores se decidieron a organizar los exámenes para no *precarizar* aún más a unos estudiantes ya bastante maltruchos por el horror económico. Al tomar esta decisión, convirtieron la huelga en algo virtual: profesores que seguían cobrando, clases que se celebraban pese a todo con el nombre de «talleres alternativos», recuperaciones en junio, exámenes más o menos tradicionales que otorgaban títulos «no devaluados»... Los bloqueos se levantaron durante la época de exámenes, y quince semanas de huelga de los profesores concluyeron bajo los escupitajos del laudo ministerial. Xavier Darcos había prometido que no tendría clemencia: «No se dará títulos de Licenciatura en Bloqueos» y «La minoría extremista no dictará su ley». ¿Por qué

los huelguistas se sometieron así al insulto y claudicaron? Porque querían demostrar a los estudiantes que, pasara lo que pasase, el proceso de selección seguiría el cauce habitual. Sin embargo, existían otras dos posibilidades: la validación automática del semestre tenía la virtud de afirmar poderosamente el carácter público y gratuito del saber; no conceder títulos habría obstruido la máquina universitaria y averiado la mecánica de la contratación asalariada los licenciados. Al rechazar estos dos términos, subrayaron algo que ya era sabido pero que conviene recordar a cada generación: los saberes universitarios no proceden de ninguna *excepción cultural* sino que están subordinados, como todo lo demás, a un imperativo de selección social: hay que pasar por el cedazo a la plebe de los futuros empleados especializados. Al demostrar que hasta en la universidad era imposible ralentizar por poco que fuera la máquina para reflexionar sobre la situación, probaron que no se podía esperar ningún refugio contra la precariedad por encima del mundo de la producción. ¡Sigamos soltando a los estudiantes en la pista de carreras y apostemos por los ganadores!

Pedir más dinero, más puestos y mejores criterios de selección para poner freno a una precariedad creciente es ilusorio. También es rotundamente paradójico: no se puede luchar contra la precariedad in-

tegrándose en un sistema económico basado en la proletarización generalizada y aceptando sus premisas; pidiendo, por ejemplo, un plan de relanzamiento, keynesiano o no, que permita que todo siga adelante. Si los movimientos de protesta sirven a veces para plantear cuestiones fundamentales, para conocerse y, por qué no, para sentar las bases de una acción colectiva de más aliento, todo ello requiere rechazar las soluciones predefinidas, los programas alternativos ya calibrados para las próximas citas electorales y preguntarse en nombre de qué vale la pena pelear. Y en particular: ¿para qué enseñanza? ¿Para qué investigación? Lo menos que puede decirse es que los representantes oficiales del movimiento, del tipo SLR-SLU, no nos sirven de mucho. Basta oírles pedir «un gran plan plurianual de contratación» para los investigadores y «empleo en el servicio público», acompañado de una «política activa de orientación», para comprender que no les parece que haya que cambiar la marcha actual del mundo. Incluso llegan a legitimar su evolución reciente, con la explicación de que formaciones «muy generales» como las que concede la Universidad suponen una «excelente preparación» para un mercado «cada vez más inestable», etc.



Aún más insensato es querer luchar contra la precariedad exigiendo empleos de investigador. La denuncia de las situaciones y de los tratos degradantes sólo tiene lógica si también se cuestiona el sentido de las actividades que realiza cada cual. Ahora bien, la ciencia moderna es, gracias a sus logros, una de las principales responsables de la situación presente. Al repetir con la mejor conciencia del mundo sus lemas contra la precariedad, los investigadores están pidiendo que se les proteja de una situación que ellos mismos contribuyen a crear.

Precisamente es la investigación en física, en matemáticas y en informática financiada por el Estado desde hace treinta años lo que suscita y alienta la racionalización de las tareas industriales. Si numerosos oficios de la industria se han medurado y calibrado de tal modo que puedan transferirse a programas informáticos; si, de generación en generación, el margen de maniobra de los empleados se reduce a tal punto que su tarea consiste en seguir escrupulosamente las etapas de un software concebido para «facilitarles el trabajo», es gracias a los laboratorios de investigación fundados explícitamente con tal fin durante los años sesenta. Así, el IRIA, que se convertiría en INRIA (Instituto Nacional de Investigación en Informática y Automatismo), y los Comités de Investigación en In-

formática (CRI) se crearon para favorecer acuerdos estratégicos entre investigadores de los sectores público y privado. El quinto Plan (1966-1970) incluía unidades piloto que agrupaban a industriales encargados de explicar qué tipo de investigaciones necesitaban y especialistas de automatización que proponían modelos de simulación, así como constructores de sistemas. Basta echar un vistazo a la actividad de cualquier laboratorio de «inteligencia artificial» para entender la orientación de estas investigaciones: desarrollar la educación a distancia para que el Ministerio de Educación Nacional pueda ahorrar; perfeccionar los programas de traducción y corrección automática; sentar las bases de una medicina a distancia gracias a los chips de ADN; etc. Parece que la revolución digital, que se ha impuesto a la fotografía analógica y a decenas de oficios de la impresión y en la actualidad amenaza la existencia misma del libro de papel y de las librerías es un factor de precarización sin comparación con el «abandono por parte del Estado de sus funciones» que tanto se deplora. Asociarse con investigadores en informática, físicos y economistas para solicitar más puestos de trabajo significa garantizar que el Estado seguirá financiando con prioridad ese tipo de investigaciones, que se adecuan perfectamente a los moldes del desarrollo económico.

¿No es irónico ver hoy a los investigadores, los mismos que, como gremio se han dedicado siempre a medir la actividad de los demás y a someterla a criterios de rentabilidad, rebelándose contra una cuantificación ciega de su propia actividad? Al hilo de los procesos de industrialización, la racionalización de las funciones ha ascendido poco a poco por toda la escala social. En los años sesenta, los obreros de la siderurgia; en los setenta, los del automóvil y la imprenta; en los ochenta, los empleados de banca y de las telecomunicaciones. Veinte años después, con la creación de la Agencia de Evaluación de la Investigación y la Enseñanza Superior (AERES), a quien se hace pasar por una auditoría es a los propios investigadores. Los hacedores de proletarios, proletarizados al fin. Los últimos artesanos de la sociedad industrial, tan orgullosos ellos de haber conservado a veces una actividad estimulante, de no tener que rendir cuentas todo el rato, de fabricar por sí mismos sus propias herramientas experimentales, se ven sometidos a comprobaciones puntillosas y absurdas, forzados a tantas publicaciones al año. Y ahora que hasta pueden acabar en la fábrica, se sublevan después de haber enviado a los demás.

A medida que las perspectivas profesionales que ofrece la sociedad se empequeñecían y que se sabían condenados a trabajar sin gozo y sin independencia,

bajo la vigilancia permanente de los *managers*, de los empresarios y de comisiones de evaluación, los hijos de la burguesía o del mérito republicano han acumulado títulos, cada vez más títulos, para ponerse a resguardo de las mezquinas realidades del mercado de trabajo. Trepas al mástil mientras el barco hacía aguas para no mojarse. Para muchos, la investigación no era más que eso, una forma de abrigo contra la empresa, contra sus fines vulgares y sus presiones. La contrapartida era tener que trabajar para la industria, a veces directamente, pero cada vez más esporádicamente, con alguna aplicación práctica de vez en cuando, pero siempre a distancia de las trivialidades económicas, en una comunidad de saberes «libre y autónoma». Ahora, los investigadores se apretujan precariamente en lo alto del palo mayor y el agua sigue subiendo... No hay un espacio al margen, y nunca lo ha habido. También la ciencia se basa en una división de las tareas llevada hasta el extremo, en la disociación entre conciencia moral y conciencia profesional, en juegos de poder, etc. Ningún laboratorio se libra de eso que ahora hay que llamar relaciones normales de trabajo, hechas de individualismo, competición a ultranza, productivismo, hipocresía y arribismo.



La ciencia moderna ha podido, hasta cierto punto, contribuir a aclarar ciertos fenómenos físicos, químicos y vitales, ofreciendo elementos para mejorar la existencia humana. Pero ya no estamos en esa situación. Espoleados por los imperativos militares, económicos y estatales, los científicos han abandonado toda modestia y toda prudencia. A la investigación pública le debemos nuestras cincuenta y ocho centrales nucleares, que amenazan con hacer inhabitables regiones enteras durante cientos de años. Ver a un banda de físicos de la CEA⁴ apoyando una manifestación universitaria debería provocar carcajadas amargas. Lo mismo ocurre con la investigación en agronomía, actor de primera fila en la contaminación química del suelo, cuyos trabajos sobre las plantas modificadas genéticamente ponen en riesgo cualquier proyecto de autosubsistencia.

«¿Podremos vivir en 2050 si no dominamos, gracias al injerto de genes, las plantas y los animales?», se pregunta con gravedad Louis-Marie Houdebine, director de investigación del INRA, especialista en animales transgénicos⁵. Nuestra desdicha es que hoy es

4. CEA: Comisariado para la Energía Atómica, equivalente francés de la JEN (Junta de Energía Nuclear) franquista, constituida en 1951, y que en 1986 sería rebautizada como CIEMAT (Centro de Investigaciones Energéticas, Medioambientales y Tecnológicas). (*N. del T.*)

5. *Quo*, junio de 1998.

difícil burlarse de este tipo de pretensiones de dominio omnipotente de lo vivo. Cuando la fertilidad por medios «naturales» está en caída libre debido a la toxicidad de nuestras condiciones de vida, los cruzados de la tecnociencia no pueden por menos de frotarse las manos, ya que la simple reproducción de las familias y de la sociedad pasa a depender de ellos y de sus «innovaciones» más o menos terroríficas: úteros artificiales, selección genética de embriones, esperma de síntesis. Lo que hace que la fecundación artificial sea una industria con futuro es que hemos inventado un modo de vida que ya no permite que los seres humanos se reproduzcan. Para el sentido común, confirmar un hecho tan inquietante, que dice mucho sobre el tipo de riqueza que hemos acumulado, nos obliga literalmente a *dar marcha atrás*. En cambio, la ciencia se propone transferir la reproducción humana a los laboratorios, según un mecanismo de huida hacia delante que acaba resultando familiar.

El delirio cientifista que impulsa los grandes «descubrimientos» recientes, y otras «innovaciones prometedoras», no puede escapársele a nadie, pues prolifera en las ondas, en las pantallas o en las columnas de los periódicos. Como tampoco lo hará la cobardía de la mayor parte de los investigadores en ciencias humanas, que, en nombre de la neutralidad axiológica, elu-

den en sus trabajos las cuestiones sociales más evidentes. Los jóvenes doctorandos ya no pueden fingir que ignoran todo esto: cuando se manifiestan detrás de los nuclearistas, los economistas o los promotores de la genetización total, cuando se dejan apadrinar de buena gana por la Academia de Ciencias, que niega rotundamente la nocividad del amianto, de los transgénicos y de la radiación de Chernóbil, están dándoles su respaldo. La precariedad de los estatutos, las malas condiciones de trabajo y las remuneraciones indecentes pese a los esfuerzos consentidos durante los estudios: nada puede justificar que mezclen su voz con la de los grandes gurús de la *Big Science*. Corear junto a ellos «Salvemos la investigación» es lisa y llanamente una indecencia si tenemos en cuenta su papel en la sociedad actual.

• * •

Pues sí, hay razones para preocuparse por nuestro futuro común, que es cuanto menos precario. Nunca hemos estado más amenazados por el paro, la penuria y las catástrofes ecológicas. Y nunca hemos sido tan vulnerables. Aislados unos de otros, tributarios de los circuitos mundiales de la agroindustria, dependientes en el plano afectivo de máquinas que serían inservibles con el míni-

mo apagón, y profundamente ignorantes de los procesos naturales que nos rodean. En semejante situación, por supuesto, se puede pedir una mayor contundencia en la gestión: exigir que el Estado —o Europa— subvencione biotecnologías que creen especies compatibles con las sustancias cancerígenas; que pague a psicólogos para administrar la angustia que suscita la artificialización creciente de la vida, y a sociólogos que acompañen una necesaria evolución de nuestros criterios de juicio. Que se esfuerce en restaurar el poder adquisitivo y el pleno empleo, transformando lo que queda de actividades gratuitas en servicios comerciales, y siga saqueando la naturaleza. Que construya suficientes centrales, nucleares o de otro tipo, para seguir el ritmo de la proliferación de electrónica personal; que distribuya botellas de agua mineral en caso de penuria de agua potable. Se puede incluso exigir que el ejército intervenga cada vez más a menudo para protegernos de nosotros mismos, de los demás y de los imprevisibles asaltos de una naturaleza desquiciada. ¿Y por qué no curarse en salud, por poco que el gobierno tenga la cordura de invertir en la investigación aeroespacial a largo plazo, y plantear una posible mudanza a otro planeta? Lo único que hace falta para eso es abandonar nuestra dignidad. Mucho más allá del entorno universitario, para las generaciones que llegan ahora a la edad adulta, el precio que hay que pa-

gar por tener qué comer, con qué vestirse y dónde vivir, por no hablar de otras aspiraciones más elevadas, es solamente aceptar sin decir ni pío sobre lo absurdo del trabajo, ni sobre los arreglos (o incluso la colaboración) a que hay que llegar directa o indirectamente con el saqueo y la destrucción. El salario del miedo nunca ha sido otra cosa que la servidumbre. ¿Qué podrán hacer los que no lo quieren? ¿Los que no son capaces de contentarse ni con las migajas que tenga a bien dejarles esta sociedad ni con el espectáculo compensatorio de su marcha hacia la ruina?

Nadie sabe muy bien lo que ocurrirá en las próximas décadas. Pero en todas las capas sociales se propaga la intuición cada vez más nítida de que estamos recorriendo cada vez más rápido los capítulos finales de la civilización industrial. En estas condiciones, a no ser que se prefiera hundirse en la frustración, no hay nada que esperar de las instituciones y de los grupos que persisten en ubicar su acción en la óptica de la supervivencia del capitalismo industrial. El primer deber de todo movimiento político es por tanto desacreditar la postura de la gestión, la que pretende ser «razonable» mientras plantea los problemas en los mismos términos que la oligarquía en el poder; términos que comparte junto con el mismo imaginario, la misma concepción de la vida, la misma *sinrazón*.

No se trata de gestionar sino de interrumpir una maquinaria cada vez más alocada. Ésta es, por cierto, la principal legitimidad de cualquier forma de bloqueo: interrumpir, aunque sea temporalmente, el funcionamiento normal de este mundo es en el fondo mucho más pragmático que los programas de todos los gestores «creíbles» del capitalismo y de los movimientos sociales. Es una de las escasas formas de romper con un estado de ánimo y unas conductas prescritas de manera cada vez más autoritarias, a fin tal vez de preguntarnos simplemente dónde nos encontramos y qué podemos hacer. Pero, bajo el estruendo de la «historia bélica» de los enfrentamientos, ¿cómo evitar quedar sumergido entre dos movimientos sociales? Uno de los éxitos de las movilizaciones esporádicas que agitan las universidades desde hace algún tiempo, y que en realidad forman parte de una misma movilización, podría residir en la constitución de un entorno comprometido contra el funcionamiento normal de la investigación científica.

Para nosotros, ante todo hay que luchar contra la mayor precariedad: desatar los innumerables hilos que someten nuestra existencia a la maquinaria industrial y a las finanzas mundiales. Contribuir al desplome de la economía, dotándose al mismo tiempo de medios para no morir bajos los escombros. Ello conllevará constituir

pacientemente unos entornos de vida en que pueda garantizarse la subsistencia sin el concurso de la gran industria, y en que emerjan nuevas relaciones humanas al margen de ella; recuperar el principio de las mutualidades, a escala reducida, e inventar o redescubrir sistemas de préstamos; cultivar técnicas y conocimientos compatibles con un mundo más vivible: serán pequeños picotazos que tal vez permitan una salida del capitalismo industrial, abriendo brechas locales en la universalización de sus leyes y sus efectos. Llamamos a la creación de un movimiento más amplio que, con el tiempo y apoyándose en avances de este tipo, pueda sacar partido de su diversidad mientras combina la reconquista de los medios de subsistencia y la multiplicación de guerrillas locales contra la industria. Manteniéndose al margen de la política profesional, multiplicando las asambleas y las luchas en torno a certezas e investigaciones muy concretas, podríamos intentar eludir el aplastamiento burocrático. En otras palabras, y si aprendemos las lecciones de la Resistencia, tratar de «reconstruir un ámbito público sin aparatos oficiales, en que todo el trabajo de importancia para los asuntos del país se efectúe en actos y en palabras»⁶, allí donde sea necesario y por parte de aquellos a quienes concierna.

6. Hannah Arendt, *Entre el pasado y el futuro*, prólogo.

Intervenciones

¿Créditos para qué?

Este texto se escribió con motivo de la preparación de los Estados Generales de la Investigación, organizados en Grenoble en octubre de 2004, y que pretendían ser el culmen del movimiento Salvemos la Investigación. El acto fue interrumpido por una serie de acontecimientos promovidos por el grupo Grenoble Advertidos, que pretendía cuestionar los avances de la ciencia. El Grupo Oblomoff se constituyó al calor de aquellas jornadas tan movidas¹.

El movimiento *Salvemos la Investigación* se ha formado en reacción al proyecto del gobierno de recortar los presupuestos. Esta movilización, de gran visibilidad mediática, transmite un discurso cientifista al que debemos oponernos con urgencia.

La argumentación de la recogida de firmas *Salvemos la Investigación* sostiene que el descenso de los créditos concedidos a la investigación penaliza la competitividad de Francia, que se expone de esta forma al riesgo de una «huida de cerebros», anomalía anatómica ciertamente preocupante. El recorte presupuestario sería asimismo desfavorable a la «irradiación cultural de Francia»; por último, la ciencia no tiene que limitarse en ningún caso a la rentabilidad económica,

1. Relatadas en la obra colectiva *États Généraux de la servitude*.

ya que es útil para la sociedad. Sin investigación, nos dicen, no habría teléfonos móviles. Ni cristal líquido.

Denunciemos desde este momento el cinismo de esta concepción utilitarista de la ciencia, que aspira a implicar, e incluso a conmover, a la mayoría de los contribuyentes no especialistas. La concepción —errónea, por cierto— de una ciencia neutral, motivada por la sana curiosidad intelectual y la pasión por el descubrimiento, ha dado paso ahora a una argumentación que, pese a su cinismo, posee el mérito de revelar el verdadero rostro de la ciencia moderna, atada por vínculos orgánicos a la sociedad industrial, a la que nutre de *progresos* (en un primer tiempo militares, pero que sin embargo pueden reconvertirse fácilmente en baratijas vendibles). Por ello denunciemos la investigación actual, pues sus objetivos, sus contenidos, sus herramientas y la manera en que se escoge a los investigadores no hacen otra cosa que responder punto por punto a las necesidades de la sociedad industrial.

Las aplicaciones industriales de la investigación científica han permitido un desarrollo considerable de las fuerzas productivas, así como la racionalización de la sociedad. Al mismo tiempo, los desastres ecológicos y la descomposición social, que son consecuencias inevitables de este proceso, generan una demanda social de protección del medio ambiente, de gestión de ries-

gos, de terapias para enfermedades nuevas y de psicotrópicos destinados a aliviar los sufrimientos de la humanidad ante su deshumanización organizada. Con la diestra, la investigación suministra de buen grado paliativos irrisorios para el desastre que ella misma orquesta con la siniestra. Así que es justo decir, como hacen sus partidarios, que la investigación científica no es útil solamente desde el punto de vista estricto del crecimiento económico y que no puede reducirse a una inversión rentable. La ciencia es la clave de bóveda y la justificación central de una sociedad que ya sólo puede basarse en la ilusión de una mejora constante de las condiciones de vida. Mientras aumente la esperanza de vida (asistida médicamente), ¿quién se atreverá a protestar?

Por estos motivos, condenamos la investigación. Por su contribución al *progreso* y por todos los descubrimientos que ya forman parte de nuestra vida cotidiana: centrales nucleares y teléfonos móviles, industria agroalimentaria, pesticidas, coches, trenes de alta velocidad, cintas mecánicas, silicona...

Los descubrimientos científicos son esenciales tanto para la creación técnica de productos, a menudo nocivos, cuya utilidad social nunca se ha cuestionado (y aún menos decidido democráticamente) como para la satisfacción de nuevas necesidades que esta producción engendra. Todo ello se produce en medio de una

escalada tecnológica durante la cual la humanidad pierde en todos los sentidos; porque el enemigo ahora es ella misma. Cuando está desprovista de motivaciones prácticas, la investigación sirve, a través de una presencia mediática, para lavar la cara de los investigadores.

Descubrimiento espacial y prehistoria representan, al mismo nivel que las enfermedades raras, los caballos de Troya mediante los cuales la sociedad industrial arranca literalmente de los individuos su adhesión a la idea de una investigación necesaria.

Hoy es más que urgente desenmascarar la investigación. «La imagen del científico que obtiene un placer delirante en su actividad cotidiana en pos de la verdad es estúpida» (Roger Belbéoch). En la práctica, la actividad del investigador está ultraespecializada; consiste, en gran medida, en saquear los resultados de sus colegas (y de sus becarios, si es que dirige a alguno), en buscar créditos, en producir resultados y publicaciones. Todo esto tiene más de absurdo burocrático que de pasión por el bienestar de la humanidad.

En este contexto, el movimiento de defensa actual es culpable de ocultar las metas de la investigación y su papel en una sociedad que ha contribuido a hacerla tan *moderna*. La investigación científica tiene hoy el cinismo de presentarse como una especie en vías de extinción junto a aquellas a cuya desaparición ha contribuido activamente.

En realidad, los seres humanos se enfrentan a un fenómeno de desposesión muy avanzado en lo que concierne a los conocimientos empíricos y los saberes prácticos, así como a una degeneración física pronunciada (obesidad, enfermedades cardiovasculares, cánceres) y a la consolidación de un entorno patógeno prolongado (radiactividad, contaminación del agua, etc.).

Ante esta situación, de la que son culpables en su calidad de responsables, los científicos juegan a hacer de Eichmann y dicen disparates.

En síntesis, afirmamos:

- Que la única manera en que el progreso científico puede arreglar los problemas existentes es creando otros nuevos, en una huida constante hacia delante.
- Que ningún problema social podrá resolverse técnicamente, pero que esta reducción requiere por el contrario la libre discusión, entre seres humanos, de sus necesidades y de sus medios de satisfacerlos colectivamente.
- Que los investigadores son todo menos neutrales, que sus actos tienen consecuencias considerables en el entorno social y natural y que tenemos derecho a evaluar su eventual beneficio.
- Que no hay diferencia fundamental entre la financiación pública y la privada; sólo cuenta el objetivo del proyecto de investigación.

- Que la investigación fundamental y la investigación aplicada tienen una parte igual de responsabilidad, ya que desempeñan funciones igualmente útiles.

A los investigadores y a los profesores de universidad que no deseen producir ni aplicación industrial, ni control social, ni justificación ideológica para el orden de cosas, hemos de preguntarles si piensan de buena fe que comparten los mismos intereses que los nuclearistas y demás genetistas, y si piensan que son beneficiarios de las condiciones de trabajo necesarias para la producción de un saber independiente. Si no lo creen así, les exhortamos a desertar cuanto antes de la Universidad o del CNRS, al margen de los cuales podrán esperar pensar con libertad.

Llamamos a todos los investigadores en ciencias sociales, ciencias duras y ciencias humanas que compartan estos puntos de vista a combatir a los comités *Salvemos la Investigación* y unir fuerzas en un *comité de promoción del sabotaje y de represión del cientifismo*, que se encargue de:

- Denunciar la responsabilidad de la investigación científica en la devastación del mundo.
- Denunciar las ciencias sociales, productoras de ideología (economía) y de control social (sociología).

· Combatir el cientifismo, el progresismo y el estatismo hasta sumirlos en el descrédito absoluto, con la esperanza de fundar un conocimiento libre y emancipador, algo totalmente imposible en el interior de una organización social que no busca otro fin que la escalada tecnológica.

CLING
(Comité de Liberación de los Intelectuales
No Gubernamentales)
Octubre de 2004

Esto no es una fiesta

En septiembre de 2005, la Fiesta de la Ciencia, organizada todos los años bajo la égida del Ministerio de Educación Superior e Investigación, sufrió varios ataques por primera vez. Para empezar, un agravio a los buenos modales, representado por la instalación, en el Jardín du Luxembourg, de un puesto de «FECAL» (Fundación de Solidaridad hacia los Investigadores Anónimos y Lúcidos, en francés); estos pseudoinvestigadores, visiblemente alcoholizados y deprimidos, fueron evacuados con celeridad por la policía. Unas horas más tarde siguió un ataque de tipo más tradicional contra la conferencia que versaba sobre la gestión del riesgo industrial. A continuación, un ataque con huevos podridos, por gentileza de un grupo de enmascarados, impactó sobre un tal Señor Electrón, que en su puesto del ANDRA (retratamiento de residuos nucleares) iniciaba a los niños en los prodigios de la fisión del átomo. Para terminar, en la universidad de Orsay, los organizadores de la Fiesta de la Ciencia tuvieron que enfrentarse a un asalto al tren, orquestado por los últimos indios de la meseta de Saclay¹.

La dudosa *Fiesta de la Ciencia* a que nos invitan es muy inoportuna. Mediante esta extraña «proliferación de

1. La meseta de Saclay alberga el mayor centro de investigación de Francia. (N. del T.)

actividades y manifestaciones», esta exhibición de tubos de ensayo y carteles de colores se empeña en hacer de «Teo en el laboratorio» al estilo de esas historietas que se elaboran para hacerles creer a los niños que todavía se les da de comer con productos de granja, aunque en realidad todo se fabrica en siniestros pabellones de concentración.

Cuando los desastres se acumulan y se multiplican las señales de una destrucción acelerada de lo vivo, causada por el desarrollo irracional de las sociedades humanas, los instigadores del evento invitan con beatería a la población a juntarse con los investigadores «para que las ciencias sean un placer y para que todo el mundo pueda experimentar con fenómenos científicos, aprender y descubrir, e informarse sobre el mundo de la investigación y las tecnologías». Tras el discurso de consenso en torno a una improbable ciencia neutral, se pretende honrar —obviamente— la audacia de la investigación francesa, su espíritu de empresa y su culto a la eficiencia, al tiempo que se despiertan esas vocaciones mortíferas cuyo secreto posee el capitalismo.

Salmodia macabra de nuestro futuro-máquina.

En el contexto actual, más les convendría a los científicos y sus instituciones empezar por hacer balance del papel de la ciencia y de sus aplicaciones desde hace

cincuenta años, comparándolos con lo que nos prometían. No sólo no han resuelto nada, sino que han agravado considerablemente los problemas de la humanidad, degradando los ecosistemas y los hábitats y acentuando el control social, la desposesión de los individuos y la transformación de los seres humanos en una materia viva que hay que gestionar y explotar. Entre cinismo mercantil y reduccionismo simplista, la investigación está en trance de disolver cualquier ideal de emancipación política.

Por lo tanto, lo que debería preocupar a los científicos dignos de ese nombre no es poner fin a esta huida hacia delante. En primer lugar, oponiéndose activamente a las ineptas «prioridades» del ministro delegado de Investigación, procedentes todas ellas del mismo delirio cientifista. Denunciando la multiplicación de antenas GSM, la proliferación de transgénicos, el desarrollo incontrolable de las bio y nanotecnologías o el eugenismo declarado de las terapias celulares.

Haciendo frente a la deriva empresarial que afecta a todos los laboratorios de investigación y que, al incrementar el espíritu de competición y la precariedad para la mayoría, les impide interrogarse sobre el significado de su trabajo.

O incluso desarrollando los saberes y las técnicas que podrían ser indispensables en el futuro: epidemio-

logía, técnicas blandas, historia..., saberes que suelen ser los primos pobres o las tapaderas de los programas de investigación de hoy.

Todo ello podría ser muy alentador, pero nos llevaría muy lejos de la irresponsable «atmósfera convivial y lúdica» que han decretado los organizadores de esta boba e indecente celebración. La fiesta ha terminado: es la hora del escándalo.

Unos aguafiestas
Septiembre de 2005

*¿Se puede parar
el tren de la ciencia?
El caso de los indios
de la facultad de Orsay*

Este domingo de octubre, hacia las tres de la tarde, la estación de cercanías de Bures-sur-Yvette es completamente gris: desde las escaleras mecánicas a los muros de hormigón, desde el cielo a los adosados del extrarradio. Una berlina pasa de vez en cuando, todavía humeante y ronroneante tras un largo almuerzo. Llovizna.

Llega un convoy de París. Una banda de jóvenes baja del tren y se agrupa en el andén. Estos individuos, veinte en total, visten batas blancas y penachos de plumas, con las caras marcadas por pinturas de guerra. Algunos llevan arcos de madera. Concretamente, se diría que son en su mayoría indios de pega, multicolores y vagamente pintados, en tanto que en el centro se distingue un puñado de orgullosos hurones, sobrios y ágiles. Podría parecer una de esas novatadas estudiantiles, si no fuera por su mirada torva y la tensión, un poco solemne, con que se hacen los preparativos.

Los indios se encaminan hacia los límites del campus de la facultad de Orsay y llegan a los primeros módulos prefabricados. Unas vallas indican aquí y allá la presencia de un trenecito, instalado de forma expresa para la *Fiesta de la Ciencia*, y que permite que los visitantes accedan a los diversos laboratorios de la facultad a fin de «informarse sobre el avance de los progresos científicos y comprendan mejor el mundo de mañana». El lugar, aunque desierto, complace a la tro-

pa. Uno de los indios se tumba de perfil en la carretera y, entusiasmado, hace un gesto afirmativo a sus compañeros, que se apuestan tras un matorral. Una reluciente locomotora roja se perfila cerca de los indios... Tiemblan las plumas en el bosquecillo... Y se precipitan de un salto, lanzando gritos estridentes, y lo toman al asalto.

Desde lo alto de los vagones, que tiemblan bajo su peso, ondean grandes banderas negras; los indios gritan a los pasajeros. Uno de ellos contemporiza con el conductor, que acepta la cinta que le ofrecen. Resuena entonces en los vagones *La Java des bombes atomiques* de Boris Vian y algunas canciones de la Comuna de París. A continuación, el tren se pone a vibrar al son de un cañón en tres movimientos: ¡Orden, crecimiento, progreso, rentabilidad! ¡Producción, selección, destrucción! ¡Ciencia, Crecimiento, Obediencia! Como contrapartida, se pronuncian diversos lemas guerreros más o menos elaborados a lo largo del recorrido —¡Abajo el crecimiento!, ¡Vergüenza al servilismo de los científicos!— y que los chiquillos corean, sacudidos de entusiasmo en los vagones. Las voces resuenan al paso del trenecito y causan perplejidad entre los pasajeros.

El trenecito rojo no tarda en llegar a la estación improvisada que sirve de comité de acogida de la *Fiesta de*

la Ciencia. Cuando va a detenerse, los indios observan con ganas un segundo Trenecito de la Ciencia, blanco en esta ocasión, y dispuesto a salir. De un salto se cuelan en él, ahogando con sus aullidos bárbaros las coléricas protestas del maquinista. A modo de explicación, arrojan textos y panfletos a las azafatas y a los atropellados visitantes.

Los indios se reagrupan a continuación ante un laboratorio de biología vegetal, penetran en el vestíbulo lanzando gritos salvajes y saquean los canapés destinados a los visitantes. Después realizan una apasionada manifestación en la sala de la exposición pedagógica, donde numerosos niños están siendo iniciados en la manipulación genética de los organismos vegetales. Después de distraer a los chavales a base de chocolatinas y caramelos, los indios bloquean el paso de los coches y ordenan a los chóferes endomingados que lean unos panfletos. Los seguratas vuelven a intervenir, tratando de restablecer la circulación, por lo demás bastante modesta a media tarde.

Una nube de cansancio sobrevuela: los paseantes no parecen querer oír hablar de los estragos de la tecnociencia, y algunas jóvenes squaws están cansadas de hacer correr a la azafata que intenta recuperar su material («¡Eso noooooo! ¡Los globos noooooo!»). Por lo demás, nadie sabe muy bien dónde están los demás la-

boratorios. Es entonces cuando, de repente, aparece en mitad de la verde pradera el decano de la facultad de Orsay, un burócrata cuarentón. De inmediato solicita hablar con el líder.

—No, Cabello Gris, esta tribu no tiene Gran Jefe.

Sometiéndose a la horizontalidad incondicional del pow wow y a la postura sedente, el decano pregunta por las causas del conflicto.

(Fragmentos):

—Nuestra madre, la Tierra, ha sido ultrajada.

—Queremos recuperar la tierra de nuestros antepasados.

—Esta facultad se ha construido sobre un antiguo cementerio indio.

—Los Rostros Pálidos que crean las nano y biotecnologías son criminales irresponsables y enemigos de la libertad y de la dignidad.

Conmoverido por una vaga reminiscencia de los movimientos sociales indígenas, el decano trata de iniciar un proceso de negociación. El indio de pega más docto expresa entonces esta propuesta, llena de sabiduría:

—Podríamos discutir partiendo del desmantelamiento de todas las instalaciones nucleares francesas de aquí al... ¿viernes?

Entonces, el decano les avisa del carácter indeseable de su presencia y les conmina a salir de sus tierras en un plazo de tiempo muy breve.

Excitados por esta exhortación hostil, los indios realizan una danza ritual ante la mirada de los visitantes, de los seguratas y de los organizadores que comienzan a agruparse en la linde del prado. Deciden marcharse corriendo en cualquier dirección, a fin de causar la inquietud general. Se abrazan y ponen cara de concentración. Entonces una mano se alza; se oye un «¡Por allí!» autoritario y la tropa se precipita a todo correr en dirección este. Jadeando tras haber corrido unos metros, ven a lo lejos el trenecito rojo, que acelera rabiosamente en su dirección. Al son de unos gritos siniestros, los indios le dan caza. Los más aguerridos llegan a saltar a bordo. Un melancólico miembro de la tribu se tumba sobre la vía y está a punto de perder la vida, aunque al final la locomotora lo evita por muy poco. La tensión aumenta. Los indios corren hacia el bosque a fin de despistar al vehículo de los seguratas, que se lanza tras ellos por los senderos. El crujido familiar de la maleza otoñal apacigua a los indios,

algunos de los cuales empiezan a jugar a camuflarse en el follaje y abalanzarse sobre los paseantes.

Llegados a un polideportivo para uso de los trabajadores de laboratorio, unos indios aprovechan una incommensurable superficie de pared virgen para escribir «LUDD HA VUELTO», mientras otros consiguen desorientar al vehículo de los seguratas, que aparece súbitamente a la vuelta de sendero... Poco más tarde, al pie de un gran roble, un segundo pow wow, que amenazaba con comenzar una guerra de bellotas, se ve interrumpido por la llegada de los casacas azules. Su monótono aderezo —lanzadores de gases y porras— convence a los indios, ya satisfechos, de que han de alejarse con paso indolente hacia la estación de cercanías.

Septiembre de 2005

*La indecencia
de la publi-Ciudad
de las Ciencias*

Con motivo de la inauguración de la exposición «Nanotecnologías» en la Ciudad de las Ciencias y la Industria, investigadores, empresarios y agentes políticos se reunieron el 19 y el 20 de marzo de 2007 para «discutir con el público» sobre los desafíos y los riesgos de las nanotecnologías. La tribuna estaba compuesta casi íntegramente por apologistas de esta nueva oleada industrial. En el clima de espera febril que precedió a la llegada del ministro delegado de Industria, François Loos, las últimas horas de la sesión de clausura fueron esperpénticas. «Ya sólo nos queda un cuarto de hora para las libertades individuales», lanzó el moderador al micrófono, mientras Philippe Lemoine, comisario de la CNIL y copresidente del grupo Galeries Lafayette, se felicitaba por que los consumidores pronto iban a poder descargar la composición de los productos a la venta con sus teléfonos móviles. Empezó entonces el «debate público»: los invitados oficiales ofrecieron sus conclusiones sobre el estado de la opinión. «Nos ha sorprendido ver que el público podía tener ideas bien formadas», observó Marc Lipinski, vicepresidente de la región Île-de-France (a la que pertenece París). «Ha habido que dejar a un lado las propuestas demasiado radicales, que consistían en preguntarse si no habría que pararlo todo», concluyó Jean Caune, vicepresidente de la Aglomeración de Grenoble.

El ministro llegó, pero demasiado tarde para intervenir en público, qué mala suerte. Todo el mundo se puso a arreglarse el nudo de la corbata; algunos temblaban. François Loos se acercó a la tribuna pero otro discurso interfirió desde el anfiteatro: «Señor nanoministro, señoras, señores subalternos». Ante la asamblea, mientras se despliega una amplia pancarta y se reparten panfletos, se recuerda durante unos minutos las razones que hay para oponerse a las nanotecnologías y, en general, al desarrollo económico, para concluir: «Sepan que ustedes no representan a nadie».

La Ciudad de las Ciencias y la Industria está claramente en la vanguardia de la propaganda cientifista: residuos nucleares, biometría, túneles alpinos, transgénicos... para cada corrupto proyecto tecnológico —¡oh sorpresa!— aparece una nueva exposición. Los profesores llevan a sus alumnos a centenares para enseñarles que *La guerra de las galaxias* será el mundo de mañana. Después de una semana de series futuristas en televisión, el domingo los niños pueden brincar libremente en medio de los robots. Por supuesto, en este cuartel general del partido del Progreso está prohibido difundir la mínima información independiente, bajo pena de arresto. Pues, pese a sus ínfulas de espacio público, este lugar está destinado específicamente

al bombardeo publicitario: culto al crecimiento, celebración de un universo-máquina y consagración de la ciencia como remedio único y obligatorio.

2006: vender la biometría

En el momento en que el gobierno impone el proyecto de un carnet de identidad digital (INES), y en que se dota de lectores biométricos a los primeros comedores escolares, ¡tachán!, se celebra una exposición patrocinada por Sagem Morpho (líder mundial en biometría). Una presentación lúdica invita a los niños a jugar con las máquinas, un experto acreditado dispensa informaciones «neutrales» sobre el carnet INES y ciertos mensajes de la CNIL invitan a creer que todo se hace para contener los riesgos totalitarios de la biometría. Gratuidad, colores chillones y neolengua: el pensamiento único lanza su guerra relámpago y los periodistas se dejan deslumbrar.

2007: lavar la cara de las nanotecnologías

Tecnologías de lo infinitamente pequeño, las nanotecnologías cuentan desde hace años con la genero-

sa financiación del Estado, en particular a través de la DGA (Dirección General de Armamento) y la CEA (Comisariado de la Energía Atómica). ¿Para qué van a servir? ¡Pues para mantener el crecimiento, hombre! ¿Fabricando qué? Por ejemplo, nanorrobots útiles para la policía y el ejército, Organismos Modificados Atómicamente para la agricultura, micropartículas tan «inteligentes» como contaminantes, y microcomponentes para construir iPods y otros artilugios más bien dañinos y vertidos a millones cada año. Metas confesas: crear un «hombre aumentado», dotado de una memoria digital, implantes neuronales y células reemplazables. ¡Qué pasada! ¿Hay que añadir que los escasos informes que denuncian la nocividad de las nanopartículas se reprimen de forma sistemática? Sin embargo, desde 2004 la oposición no deja de ganar terreno.

Diciembre de 2005: ocupación de las grúas de las obras de Minatec (primer polígono europeo de nanotecnologías; coste: 300 millones de euros), en Grenoble.

Enero-mayo de 2006: los pseudodebates ciudadanos que pretendían promover las nanotecnologías fueron perturbados de forma recurrente.

Junio de 2006: manifestación en Grenoble contra la inauguración de Minatec: 1.500 personas fueron reprimidas a base de porrazos y detenciones.

¡Esto bien merecía una exposición!

Marzo de 2007

*Disolución de la CNIL
La era de los somníferos
ha terminado*

Una mañana de diciembre de 2007, un centenar de personas asediaba la Comisión Nacional de Informática y Libertades¹, en el número 8 de la rue Vivienne de París. Procedentes de entornos diversos, tenían la determinación de pronunciar solemnemente la disolución de la institución, lo que sólo podía hacerse en una asamblea plenaria. Después de una cierta confusión, todos los presentes en los locales se instalaron en la muy oficial sala de reuniones en compañía de algunos periodistas y de los invasores. Estos últimos hicieron valer sus argumentos a favor de la disolución durante una prolongada discusión durante la cual se concedió la palabra de forma equitativa a los presentes, fuera cual fuese su rango en el seno de la institución, para desesperación del secretario general, Yann Padova. Tras este debate de tres horas, dedicado a las diversas facetas de la alienación contemporánea, los ocupantes, algunos de los cuales habían venido a París por este motivo, expresaron su proyecto de instalarse durante un tiempo en los locales ya abandonados, por comodidad pero también para trabajar en el desmantelamiento de las controvertidas tecnologías. Todo hace pensar que la distribución de vituallas y de material de acampada que se produjo entonces sembró

1. Como se explicará en el texto, la CNIL debería encargarse de la tarea —imposible por definición— de garantizar que la expansión de las nuevas tecnologías informáticas no suponga un menoscabo en los derechos civiles (a la intimidad o a la privacidad, por ejemplo). (N. del T.)

el pánico entre los miembros de la CNIL, pues éstos, pese a la pertinencia y la cordialidad de los debates, llamaron rápidamente a las fuerzas del orden para expulsar a los ocupantes.

Desde su creación en 1978, la Comisión Nacional de Informática y Libertades nunca ha dejado de justificar y facilitar la explotación digital de nuestras vidas.

De la mano de los gobiernos y los empresarios, ha trabajado minuciosamente para que lo inaceptable parezca aceptable, reduciendo la libertad al papel de control de los flujos informáticos.

Su misión ha consistido en desarmar cualquier crítica y cualquier rebelión, juzgando en nuestro lugar y en nuestro nombre sobre aquello que podía llamarse libertad. El somnífero ha funcionado bien: en veinte años, las peores previsiones de la ciencia-ficción se han materializado en la impotencia general.

Por ello proclamamos hoy la disolución oficial de la CNIL. Así, la «revolución digital» dejará de parecer una ineluctable y prometedora necesidad, sino lo que es, una penosa contrarrevolución impuesta por empresarios y gobiernos. Ahora nos toca a todos nosotros juzgar qué es compatible, o no, con la libertad. Hoy, viernes 14 de diciembre, hemos venido de toda Francia para ocupar los locales de la difunta institución. Pen-

samos instalarnos en ella durante un tiempo a fin de concretar los objetivos siguientes, que en nuestra opinión son las condiciones elementales de nuestra liberación:

- La supresión de la biometría y de los chips RFID.
- La abolición de la videovigilancia en todas sus formas.
- El desmantelamiento de los archivos de policía (STIC, FNAEG, JUDEX, etc.).
- La abolición del carnet de identidad.

Expliquémonos.

Control, vigilancia y trazabilidad son ya un modo de vida. *Archivado sistemático*: STIC, FNAEG², Velib' o Navigo. *Seguimiento permanente*: teléfono móvil o GPS. *Escrutinio perpetuo*: videovigilancia o cookies. Al penetrar todas las actividades humanas, estas nuevas tecnologías han hecho obsoleto el anonimato.

Muchos se contentan con la ilusión de verse protegidos, gracias a la gestión electrónica, del vecino pedófilo, de los retrasos en los trenes o de las agresiones inesperadas. Pocos se dan cuenta de que esta seguridad

2. STIC: Sistema de Tratamiento de Infracciones Confirmadas, 23 millones de fichas. FNAEG: Fichero Nacional Automatizado de Huellas Genéticas, es decir, fichero de ADN, 800.000 fichas (en 2008).

total —y absolutamente imaginaria— contra el tiempo perdido y los acontecimientos muy poco probables se paga con una vulnerabilidad inédita respecto al Estado y las empresas. La Francia de hoy es para algunos una gran cárcel, y para otros una gran guardería; en ambos casos se persigue una manipulación continua de la población, a la que se puede tratar bien o mal, pero en cualquier caso siempre gestionándola. Ya no somos más que «cifras en unos gráficos dibujados por imbéciles». Los empresarios y el Estado nos han convertido en los juguetes de la mercancía digital, que ha pasado a ser un modo de vida inexorable. Como inexorables son sus efectos devastadores sobre la salud y el medio ambiente, de las ondas electromagnéticas a la contaminación inédita que generan estos millones de artilugios. E inevitables son sus efectos nocivos sobre las relaciones humanas, dislocadas por los permanentes apremios de las máquinas y presas de una tiranía de la novedad que hace que nuestros abuelos y a veces hasta nuestros padres, queden «fuera de onda». De 1978 a 2007, la CNIL fue instrumento privilegiado de esta progresiva esclavización, que facilitó considerablemente, presentándola como necesaria y conforme a la libertad.

Breve historia de la CNIL

«La marca a fuego de indios sometidos a esclavitud ya era una práctica habitual. En 1562 llegó a las Américas un decreto real que estipulaba que en lo sucesivo la marca debería realizarse en presencia de una representación del Estado, y sólo cuando se hubiera comprobado el estatuto del indio concernido. [...] Pero nada cambió, aunque algunas fuentes indiquen que un gobernador liberó un cargamento de esclavos que se enviaba ilegalmente a las minas. Antes de devolverlos a un barco destinado a su encomienda, los hizo marcar al rojo con la inscripción “libre”, para anular la marca al rojo del propietario ilegal».

Hans Koning,

The Conquest of America

La CNIL fue creada en enero de 1978 por un grupo de burócratas, y disuelta en diciembre de 2007 por una parte del pueblo.

Su creación coincide con el escándalo que causó el primer gran proyecto de archivo informático creado por el Estado, el proyecto Safari, en 1974³. En aquel

3. El proyecto Safari (Sistema Automatizado para los Ficheros Administrativos y el Repertorio de Individuos) preveía la interconexión del

momento resultó claro que la informática otorgaba al Estado unos medios de control sin parangón con los del pasado, ya que la interconexión de archivos iba a facilitar la organización de redadas y persecuciones diversas. La CNIL sirvió entonces en primer lugar para anestesiar a los ciudadanos: tendréis el archivado informático, pero podréis conocer y rectificar estos datos gracias a la CNIL. Lo que no tardó en resultar tan absurdo como impracticable. Como emanación estatal, era obvio que la CNIL no se opondría al creciente desarrollo de los poderes del Estado gracias a la informática. También era evidente que la CNIL no iba a querer entorpecer el formidable desarrollo industrial que ofrecería la parafernalia electrónica, vector de un crecimiento ilimitado.

Los diecisiete comisarios de la CNIL, todos ellos altos funcionarios, han destacado casi siempre por su benevolencia para con los dictados del mercado y de los gobiernos. Es más, algunos han desempeñado un papel sobresaliente en la instauración de la vigilancia automática y de los aparatos digitales.

Philippe Lemoine, que aún ilegalmente los cargos de comisario de la CNIL y gerente de las empresas Laser y Cofinoga, está bien situado para arbitrar equita-

número de seguridad social con los demás ficheros administrativos.

tivamente el tenso conflicto de intereses que enfrenta a los empresarios con los defensores de las libertades. Ya en 2005, en Caen, la compañía Laser, dirigida por él, testó el pago automático mediante teléfono móvil. A finales de 2006, Laser instaló en las Galeries Lafayette⁴ el pago a distancia gracias a la tecnología RFID de los chips sin contacto.

Alex Türk, presidente de la CNIL desde 2004 y senador de derechas, se desacreditó muy pronto al promover que la CNIL fuera impotente respecto a los ficheros concernientes a la seguridad del Estado (Defensa, seguridad pública), que es para lo que se había creado inicialmente. En efecto, Türk fue ponente en el Senado de la refundición de la Ley de Informática y Libertad de 2004, que arrebató a la CNIL su poder normativo y legalizó todos los archivos de policía que hasta ese momento habían sido ilegales.

En 1995 (Ley Pasqua), la CNIL avaló la generalización de la videovigilancia. El 9 de julio de 2007 (France Presse), Alex Türk recordó públicamente: «La CNIL no se opone de entrada a las redes de videovigilancia»⁵.

4. Las Galeries Lafayette equivalen en Francia, si bien con menos poder, a El Corte Inglés español. (*N. del T.*)

5. En una entrevista (julio de 2007), Alex Türk explicaba: «Pensemos por ejemplo en la videovigilancia: decir categóricamente “estamos en contra, punto” no nos lleva a ningún sitio. Porque si el Estado lo hace, será como dar un palo al agua».

En 2005, la CNIL declaró que «los franceses tendrán que aceptar una merma de las libertades individuales a fin de reforzar la seguridad colectiva» y aprobó nuevas medidas de extrema seguridad en nombre de la lucha antiterrorista.

Así pues, no resulta sorprendente que el periodo de ejercicio de la CNIL haya coincidido con un desarrollo acelerado del gobierno digital, como ilustra este inventario de procedimientos que la CNIL ha declarado oficialmente compatibles con la libertad:

- El pase Navigo y sus numerosos avatares (diciembre de 2004).
- Los *spams* «en el marco profesional» (marzo de 2005).
- Microsoft y Vivendi están autorizados a utilizar programas espías para denunciar a los internautas que usen el P2P (abril de 2005).
- La tarjeta de fidelidad biométrica (abril de 2005), que autoriza a los seguros médicos a crear archivos de prescripción de sus asegurados (AXA en 2004, Groupama y SwissLife en 2005).
- La biometría en los comedores escolares (enero de 2006).
- Se autoriza a las empresas de alquiler de coches a fichar a los conductores que hayan cometido infracciones (julio de 2006).

- El pasaporte biométrico.
- Se autoriza la biometría facial —reconocimiento automático de rostros mediante cámaras— «con fines de investigación» (febrero de 2007).
- El historial médico personalizado, es decir, informatizado (mayo de 2007); se autoriza a las compañías de seguros a poner balizas electrónicas en los vehículos de sus asegurados (septiembre de 2007).

Hasta la disolución oficial de la CNIL en diciembre de 2007, raros han sido los habitantes del territorio francés que se han dado cuenta de que se burlaban de ellos. Aunque a veces hayamos podido oír, en alguna tasca de barrio, cómo alguien pronunciaba con retranca estas sabias palabras: «¿La CNIL...? Vamos, vaya trola».

En cierto modo, el problema es mucho más grave. La CNIL estuvo implicada a sabiendas en la consolidación de la sociedad digital, con la doble tarea de hacerla potencialmente más amenazante y objetivamente aceptable. Por esa razón, la CNIL no ha sido un simple camelo sino una excelente agencia de desarrollo del mundo digital.

En resumen, el trabajo de la institución se resume en tres cosas:

1. Crear de forma provisional, allí donde se produjesen nuevas formas de vigilancia, unos contrapesos tan fútiles como ella misma.
2. Concebir y dirigir proyectos industriales indefendibles de tal modo que fueran compatibles con el nivel de servidumbre mediáticamente anunciado como aceptable⁶.
3. Reducir la cuestión de la libertad a un debate de expertos incomprensible, con el fin de neutralizar cualquier oposición a las tecnologías informáticas.

*De vuestra libertad ya se encargan los expertos
(es demasiado complicado para vosotros)*

Pantallas por doquier. Ondas electromagnéticas de las que nadie sabe nada, salvo que son nocivas. Oficios que se transforman; algunos que desaparecen. Anuncios que salen de ningún lugar y se personalizan. Máquinas que hay que comprar para trabajar y «estar al día» y desecharlas de inmediato, sin haber entendido

6. Un ejemplo entre otros: después de haber suspendido el proyecto de la MAAF, que consistía en poner balizas electrónicas en los coches de sus asegurados, la CNIL publicó una norma simplificada para ayudar a las aseguradoras a instalar sus balizas sin caer en la ilegalidad (marzo de 2006). La CNIL ha trabajado asimismo con la compañía AXA con el mismo proyecto de «adaptación de la prima de seguros al uso real del vehículo», ayudando así a la aseguradora a esquivar la ley (septiembre de 2007).

nunca cómo funcionaban. Esos objetos que funcionan con energía nuclear y baten todos los récords de contaminación. ¿Quién lo ha escogido realmente? ¿Quién lo ha querido? ¿En nombre de qué y de quién decidió la CNIL que estas transformaciones de nuestros modos de vida eran compatibles con la libertad?

La existencia de una Comisión de Informática y Libertades tiene como función principal hacer que la población aprenda a dejar de juzgar, porque los expertos en libertades que la forman se han convertido en los únicos depositarios de la «buena crítica». ¿La biometría es buena o no es buena? Es buena, que por algo la autoriza la CNIL. Evidentemente, la «crítica válida» según la CNIL —es decir, según el Estado— es una crítica abierta sobre el futuro, constructiva, responsable; una crítica que no se oponga frontalmente a las innovaciones, sino que las acepte poniendo limitaciones, aunque sea obvio que éstas se desplomarán en cuanto el sistema esté creado. ¿Conocen ustedes a muchas personas que protestan cuando reciben *spam* no deseado? ¿De verdad creen que sus jefes no utilizarán la biometría y el GPS para vigilar a sus empleados, ahora que están autorizados a hacerlo «en ciertas condiciones»? Y si, al darse cuenta de que estas tecnologías sólo sirven a los intereses de los poderosos, ¿no se querrá

biometría para nada? ¿Nada de RFID? ¿Nada de pruebas de ADN? Venga... eso no es serio.

Los informes de expertos en materia de libertad sólo sirven para adaptar nuestros criterios de juicio y nuestros valores a la sociedad que los dirigentes han querido. Desentendiéndose de cualquier crítica de conjunto, cualquier rebelión sensible, los expertos en libertades elaboran lisa y llanamente una ética para robots. La transformación de los modos de vida de toda la población se somete así a unos cuestionamientos puramente tecnológicos. La CNIL no pregunta acerca de los RFID: «¿Por qué hay que gestionar a las personas como productos de supermercado?», sino que considera que «el almacenado de datos en el sistema informático vinculado al dispositivo debe tener una duración limitada». No dice acerca de la biometría: «Las personas no son códigos de barras» sino: «El grado de intrusión del sistema biométrico en vigor debe ser proporcional a la finalidad perseguida». La CNIL no se preocupa de la dignidad, porque considera a priori que es normal que se nos gestione como a mercancías. Poco a poco, todo el mundo se acostumbra a pensar en la neolengua de «informática y libertades», y la libertad viene a significar el control de los flujos informáticos emitidos por el rebaño humano.

La libertad no dejará de ser una palabra vana mientras industrias y administraciones sigan gestionando nuestras vidas. ¿Qué dignidad nos queda, cuando la trazabilidad digital nos otorga sucesivamente el estatuto de criminal, maniaco en potencia o bote de lejía? ¿De qué independencia podemos beneficiarnos, cuando la mercancía se inmiscuye en cada gesto de la vida cotidiana? ¿En qué condiciones puede tener sentido el hecho de vivir en comunidad, en un momento en que todo está hecho para convencer a los más jóvenes de que sólo la vida digital es digna de ser vivida? Si no queremos ser eternas víctimas del hecho consumado, nos corresponde a nosotros, los que vivimos en este país, decidir lo que es la libertad, y oponernos colectivamente a lo que la hace imposible.

¡Y la lucha sirve para algo! En un cierto número de centros de enseñanza secundaria de Francia, la movilización de los estudiantes y los profesores contra la biometría ha permitido deshacerse de las máquinas, como en Digne-les-bains, en el instituto Ravel y en el instituto Marcel Lamy. Sin embargo, éstas son las mismas máquinas que la CNIL ha autorizado sistemáticamente desde 2006.

Las ilusiones de la CNIL
(Cómo deshacerse de ellas)

Ilusión 1: La CNIL es independiente

La CNIL es tan cercana a los poderes que es casi independiente de la sociedad francesa. Su presidente, Alex Türk, fue ponente en el Senado del famoso proyecto de Ley Informática y Libertades de 2004 que socavó considerablemente los poderes de la CNIL. Philippe Lemoine aún ilegalmente las funciones de comisario en la CNIL y de vicepresidente de las Galeries Lafayette y gerente de su filial informática LASER, filial a su vez de Cetelem-BNP-Paribas. La sociedad LASER fue una de las primeras en introducir en Francia el pago sin contacto RFID, que, en materia de despidos y de marketing directo, abre unas perspectivas muy halagüeñas.

*Ilusión 2: La CNIL permite hacer
que los derechos se respeten*

La CNIL, en teoría, permite hacer valer lo poco que nos queda de derechos frente a la invasión digital, el irrisorio conocimiento-y-rectificación-a-posteriori-de-los-datos-personales. Un periodista de *Le Monde* ha calculado que al ritmo actual harían falta siete mil años para que las personas que figuran en el STIC tengan acceso a su ficha y puedan corregirla... ¡Aivá...! Pero un momen-

to... ¿rectificar los datos personales no significa hacer que uno mismo participe en la creación de su propia ficha personal?! ¿Y eso son nuestros «derechos»?!

Ilusión 3: La CNIL protege nuestras libertades

Según la CNIL, el único problema que plantea la informática para la libertad es el de las condiciones de gestión de los datos personales, sobre la cual no posee ningún poder concreto. Las consecuencias nefastas de la «revolución digital» que nos han impuesto nunca han sido un problema para la CNIL: archivo sistemático, dependencia cotidiana, pérdida de autonomía y de saberes técnicos en los oficios, desastre ecológico, reestructuraciones perpetuas. En la práctica, el trabajo de la CNIL ha consistido, por un lado, en legitimar proyectos industriales manifiestamente hostiles a las libertades. Y, por otro lado, en imponer una definición restrictiva de la libertad en nuestro lugar, para complacer a empresarios y dirigentes. Nos toca a nosotros proteger nuestra libertad.

Group Oblomoff/Pièces et Main d'Oeuvre
Movimiento por la Abolición de la Tarjeta
de Identidad (MACI)

¡No a los chips! / Coordinadora contra la Biometría
Sonreíd, os están grabando! y Cía.

Diciembre de 2007

*¡La industria de la biometría
contrata investigadores en
ciencias humanas!*

También las ciencias sociales contribuyen a la introducción de las nuevas tecnologías de control. Desde hace algunos años, la biometría es uno de esos temas que causan furor: se acumulan los debates y las conferencias sobre la cuestión, y surgen oportunidades (concientes y sonantes) para investigadores y estudiantes. El siguiente panfleto se distribuyó por vez primera el 24 de enero de 2008 durante la conferencia «Biometría: ámbitos y desafíos», en la Maison des Sciences de l'Homme de París.

Plazas disponibles, perfiles esperados y remuneraciones:

Colaborador-técnico: Usted podrá colaborar directamente con la industria de la biometría, dentro de las grandes empresas y/o las administraciones públicas. Como ergónomo, solucionará los problemas de adaptación de los interfaces hombre/máquina; como psicólogo o sociólogo laboral, ayudará a neutralizar las reticencias de los trabajadores, así como las de los consumidores; o incluso las resistencias populares. Gracias a su sentido de la anticipación, su ingenio y sus talentos de manipulación, contribuirá usted al perfeccionamiento del método y de la estrategia corporativa, y participará así activamente en la diseminación de las técnicas de control modernas. Su carrera podrá evolu-

cionar en función del éxito global de la empresa y de los beneficios que deriven de él.

Colaborador-creativo: Dependiendo de cuál sea su disciplina, usted producirá o reproducirá todo tipo de teorías derivadas de la visión progresista de la historia (desarrollo del Estado y del capitalismo industrial=progreso, libertad, democratización=historia de la humanidad), de tal modo que las dudas suscitadas por el despliegue de la tecnología se vuelvan inaudibles. Por ejemplo: como economista, multiplicará usted los estudios cuantitativos sobre los fabulosos yacimientos de valor que ha abierto la biometría. Como filósofo de izquierdas, explicará que la máquina trata a todo el mundo de la misma manera, y que por ende integrarla en todas partes es algo justo. Como historiador, recordará que las técnicas burocráticas de identificación ya habían aparecido a fines del siglo XIX, durante la III República (así que son democráticas, y por consiguiente el pasaporte biométrico, que las perfecciona, es democrático).

Dado que esta obra de legitimación no puede contar con la financiación directa de los organismos interesados, su remuneración (asumida por la Universidad o el CNRS) corre el riesgo de ser menor. Pero podrá usted completar sensiblemente los emolumentos asociados a este puesto gracias a los libros que ven-

derá y a las conferencias que usted cobrará. Por lo demás, accederá al prestigioso estatus de gran mago de la modernidad.

Investigador oportunista: Usted considerará la creación de los dispositivos de identificación electrónica como un formidable «terreno de investigación», en el que podrá desarrollar a su gusto todos los análisis que quiera. Destacará usted especialmente en la capacidad para detallar hasta el infinito los múltiples «usos sociales» de estas nuevas herramientas, o incluso en la producción aleatoria de brumosas teorías sobre las mutaciones de la modernidad. Su papel consistirá ante todo en producir discurso y ocupar espacio; poco importa el contenido real de sus intervenciones. Sin embargo, insistirá una y otra vez en la «complejidad» y la «riqueza» de las dudas que surjan, movilizándolo a los autores de moda en sus disciplinas, y evitando cuidadosamente hacerse las preguntas importantes (¿Para quién y para qué sirve esto? ¿Qué consecuencias tiene esto para el mundo?). Jugará así un papel importante en la neutralización de las posibles críticas y contribuirá a que las nuevas condiciones de vida se acepten como si este futuro nuestro fuera algo ineluctable.

Su salario y prestigio serán menos elevados que los de los colaboradores directos, pero su conciencia que-

dará a salvo. Incluso dispondrá de tiempo para desempeñar una actividad «ciudadana» relacionada con la cuestión (dentro de unos límites razonables).

Para todos estos puestos, priorizaremos a los candidatos dotados de un sólido sentido del autoengaño, incapaces de indignarse y a los que nada importa que no sea su propia carrera y que muestren el mayor desinterés por el futuro del mundo.

Enero de 2008

*¿Podrá salvar al planeta
el proyecto ITER?
¿O sólo a la economía?
¿O a ninguno de los dos?*

Este panfleto se redactó con motivo de una conferencia sobre el ITER, el reactor de fusión termonuclear que está construyéndose en Cadarache. La presentación se había programado para la Fiesta de la Ciencia de 2008 en Jussieu. Por desgracia, aquella mañana llovía mucho y soplaba un viento glacial entre las torres de la Facultad de Ciencias. Nadie asistió a la conferencia y ni siquiera acudió la ponente, que quedó retenida en el sur de Francia por una huelga de trenes.

Ésta es la pregunta que pueden hacerse legítimamente los ciudadanos que ya están financiando este megaproyecto, en construcción en las Bocas del Ródano por un coste total de diez mil millones de euros, con la alabanza de los medios de comunicación, y en el que han depositado sus esperanzas decenas de países.

Para intentar responder a esta pregunta, empecemos por señalar que la fusión nuclear, que consiste en tratar de imitar los procesos energéticos del sol, no debería producir energía utilizable antes de 2050 o 2080 (no se sabe muy claro cuándo). La meta de esta instalación es generar una potencia de quinientos megavatios consumiendo sólo cincuenta, que serán suministrados por una central nuclear clásica. Pero este nuevo reactor no producirá electricidad, por la sencilla razón de que actualmente no existe un disposi-

tivo capaz de transformar en electricidad el flujo de neutrones que va a generar el plasma. Los científicos cuentan con encontrar, entre tanto, una solución para este problemilla...

Pero supongamos por un momento que ITER funciona y que, efectivamente, disponemos de una energía abundante que no produce, o apenas, residuos (lo que ya prometía la industria nuclear hace cincuenta años y que ha dado lugar a una contaminación generalizada para miles de años).

Ello implicaría sustentar desde ahora hasta entonces una superestructura industrial capaz de llevar a cabo tal esfuerzo de investigación y, según el modelo de pensamiento vigente, de mantener un crecimiento en el consumo de energía hasta llegar a ese supuesto paraíso de la abundancia. Lo cual parece insostenible si tenemos en consideración el desastre general que ya ha causado el modo de «desarrollo» industrial. Por otro lado, si los estados y las industrias dispusieran por fin de esta energía ilimitada, se servirían de ella de la misma manera que lo han hecho durante los últimos cincuenta años: la lógica de la acumulación de poder que caracteriza a estas organizaciones desmesuradas ganaría un nuevo impulso, y las tendencias destructivas que hemos visto actuar desde los albores de la era nuclear llegarían al paroxismo. Ninguna traba de or-

den natural pondría ya límite a la capacidad de estos aparatos para explotar nuestro entorno, ni interrumpiría la carrera productivista. Es decir, sería lo peor que nos puede pasar.

ITER es el ejemplo mismo de la solución tecnológica que supuestamente va a barrer los problemas políticos, sociales y ecológicos: antes que reconocer los obstáculos insuperables con que está topándose la sociedad industrial, se espera pulverizarlos a base de reacciones nucleares. Antes que cuestionar un modo de vida que se basa en el consumo desenfrenado, antes que cuestionar la dictadura de una economía basada en la competencia y por lo tanto en la acumulación y el crecimiento ilimitados del poder, los estados invierten miles de millones en una huida hacia delante en el cientifismo y en el culto a la «tecnología-que-tiene-la-respuesta-para-todo».

Nos toca a nosotros, lejos de los laboratorios, imaginar y reconstruir un mundo en que resulte evidente desde el principio que semejante proyecto es profunda y declaradamente absurdo.

Septiembre de 2008

*Lo que pensamos de nuestro
destino transgénico*

Este texto es una respuesta al programa de televisión Envoyé spécial (Enviado especial), que, una mañana de julio, grabó al grupo Oblomoff mientras interrumpía una conferencia de la Universidad de Todos los Saberes¹ titulada «El hombre transgénico». El resultado es una película que utilizamos como soporte pedagógico... debido a los defectos de género que acumula.

El 19 de febrero, *Envoyé spécial* dedicó un reportaje titulado «Un sueño sin final» a la humanidad del futuro, cuyas proezas y longevidad se verán multiplicados por diez gracias a los logros de la genética y de las nanotecnologías. En las últimas escenas de la película, rodadas en la Facultad de Medicina de París en julio de 2008, aparece un «oscuro grupúsculo» que interrumpe una conferencia. Lo único que se nos dice de él es que es *violento y antidemocrático*. Dejemos a un lado la supuesta violencia, que desmienten las propias imágenes del documental; lo importante es recordar por qué denunciarnos en aquella ocasión, en nombre de una democracia posible —como seguiremos haciéndolo— las pretensiones totalitarias de la genética.

1. Organismo creado por el Ministerio de Educación francés en 2000 para la divulgación de cuestiones científicas. Como de costumbre, en muchos casos las conferencias han frizado la pura propaganda de ciertas ramas de la industria.
(N. del T.)

En esa conferencia, risueñamente titulada «El hombre transgénico: un infinito, diversas posibilidades», J.-C. Weil y M. Radman exponían sus trabajos: inducir en ratones, y más tarde en humanos, unas mutaciones genéticas que permitan retrasar la aparición del cáncer y prolongar la duración de la vida humana mucho más allá de los cien años.

Lejos de ser *un simple debate de ideas*, como dice la periodista, la conferencia era un resumen de las investigaciones que están llevando a cabo en la actualidad los principales institutos científicos franceses. Estos experimentos cuentan con una financiación de hasta millones de euros a través de fondos públicos y de empresas de biotecnología. Así que no se trata de *ideas* sino de realidades muy concretas, que determinan la manera en que a algunos les gustaría hacernos vivir mañana. La fuerza de choque de las biotecnologías queda patente por la impotencia a la que se ven reducidos quienes se oponen a la difusión de las plantas modificadas genéticamente en el medio natural y en la alimentación.

En resumen, si las investigaciones en genética no tuvieran tanto poder de acción sobre el mundo gracias al respaldo activo del Estado y su inmediata *puesta en valor* por parte de las empresas de biotecnología, si no estuvieran financiadas por nuestros impuestos, si

se tratara pues de un simple debate filosófico, quizá no nos habríamos tomado tantas molestias.

Situemos esta conferencia en su contexto. Hoy está admitido que los daños que la industria produce a nuestro entorno vital están dando lugar a una epidemia de cánceres, alergias y enfermedades nuevas. La institución científica, lejos de preguntarse por las causas de estos males, se dedica a parchear a los humanos para adaptarlos a un medio patógeno. Nada que temer, señoras y señores, tenemos la solución para todos sus problemas, la síntesis definitiva, el final de la historia: *el hombre transgénico*. La abundante producción de animales transgénicos en laboratorio sirve ya para estudiar, entre otras cosas, qué mutaciones deberán sufrir los humanos para cohabitar con la radiactividad, la contaminación química y electromagnética, etc.

Por lo demás, no se trata únicamente de adaptar al humano, sino de mejorarlo. Primero, mediante la supresión de algunos de sus «defectos» (decían los conferenciantes aquel día), como el de no vivir más allá de un breve centenar de años; después, gracias a un diagnóstico previo al implante, para asegurarse de que no padezca taras. A continuación, aumentando su «eficiencia», según los criterios en vigor. Así lo dice el genetista Daniel Cohen, bien situado, como Weil y Radman,

en las instituciones científicas: «Creo en la posibilidad de una nueva evolución biológica humana consciente y provocada, pues me cuesta ver al *homo sapiens* [...] esperando paciente y modestamente la emergencia de una nueva especie humana por las anacrónicas vías de la selección natural». La industria de la biotecnología está bien posicionada para obtener el máximo beneficio del trabajo de estos darwinistas... que tanta prisa tienen por llegar a ser verdaderos eugenistas.

Numerosos biólogos tienen la mala costumbre de confundir la evolución de las especies con la de las ciencias. Para ellos, la biología asume naturalmente el relevo de la evolución milenaria de los seres vivos. Y ya que esta evolución es natural, no tiene sentido rechazarla. Eso es exactamente lo que dice Miroslav Radman en este reportaje, cuando comenta nuestra intervención: «Si hubiera habido este miedo al cambio en los inicios de la vida, hoy no habría bacterias». Una observación emblemática de la cándida arrogancia de los genetistas, que se creen depositarios de una aventura que empezó hace 3.500 millones de años. A la luz de lo que la ciencia ha conseguido hacer con el planeta en unas pocas décadas y de los procesos incontrolables que ha desencadenado en la naturaleza justo cuando pretendía dominarla, creemos que es cuanto menos razonable oponerse a estas investigaciones. Y lo hace-

mos antes de que un comité de expertos presidido por *los mismos* venga a sancionar el hecho consumado y decretarlo éticamente aceptable.

No tememos al cambio, por la sencilla razón de que lo que la genética propone hoy no es el cambio, sino la prolongación del mundo tal como está, pero peor: contaminación desbocada, objetivación creciente de los individuos, sustitución de la política por pseudoimperativos técnicos. Cuando el capitalismo industrial augura longevidad y salud, nos tienta no creer sus promesas y atenernos a los hechos. Además, en un mundo en que el archivo de datos genéticos se extiende apaciblemente, las promesas de longevidad están convirtiéndose ya en promesas de alienación. Por ello decimos que el verdadero cambio, opuesto al futuro radiante que augura la biotecnología, reside en nuestra capacidad política de asociar las taras de unos y otros para producir dignidad y autonomía.

Grupo Oblomoff
OGM-Dangers
Febrero de 2009

*¿Quién teme
a un futuro radiante?*

El siguiente texto se distribuyó ampliamente durante el movimiento que sacudió el mundo universitario de febrero a mayo de 2009 (véase también «El salario del miedo»). Dado que a menudo se leyó sin buscar segundas intenciones, en el verano de 2009 seguía siendo visible en los tabloneros de anuncios de algunos laboratorios punteros.

Aclaremos los malentendidos. Estamos todos de acuerdo en la defensa de la investigación, ese formidable instrumento al servicio de la innovación industrial y militar desde hace al menos medio siglo. También estamos todos de acuerdo en racionalizar su organización y adaptarla a la época. Si hoy estamos en la calle es porque hay un debate sobre ciertos parámetros de esta reorganización, como el grado de competitividad que hay que fijar, o la forma de la evaluación. Pero preparemos la reconciliación del mañana, porque todo converge en un marco general: en lo alto hay que reforzar la comunidad de vida e interés entre los gestores de los laboratorios gigantes, de la gran industria y de la administración. En efecto, necesitamos una élite que sea capaz de detectar los campos más prometedores y crear rápidamente las estructuras de financiación; es decir, de gestionar la investigación aprovechando al máximo el viento del Progreso. En la base, hace falta un ejército de mano de obra barata dispuesta a asegurar la producción en cadena de

conocimientos estandarizados; un personal que no re-
funfuñe ante las tareas más fragmentarias ni se haga de-
masiadas preguntas. Si nos hemos echado a la calle a su
lado es porque esta mano de obra sólo se moviliza sedu-
ciénola con la esperanza de obtener una titulación.

*Para una acción eficaz, se deben definir, gestionar y
circunscribir las consecuencias negativas de nuestra
lucha. A fuerza de manejar descuidadamente ciertas
ideas, como la defensa de la «ciencia pura» o de la «in-
vestigación pública», el movimiento de los investiga-
dores corre el riesgo de verse arrastrado lejos de este
pragmatismo responsable. Por supuesto, estas consig-
nas nos son muy útiles: al ser tan abstractas y gené-
ricas, ofrecen una explicación sencilla y cómoda del
mundo, sin decir nada preciso al respecto. Pero cuidé-
monos de no darles un contenido concreto, pues ello
equivaldría a revelar que nunca han significado gran
cosa en el seno de la investigación realmente existente,
y que son cada vez más quiméricas.*

*¿La «ciencia pura»? ¿Pero qué es eso, sino un abuso del
lenguaje para designar toda rama de la investigación
aplicada que aún no ha encontrado un vasto terreno de
aplicación? Esta pureza ilusoria no es más que un efec-
to óptico, ya que el propio movimiento de las técnicas y*

las ciencias hace que sea cada vez más insensata la creencia en una ciencia como puro conocimiento, frente a una ciencia «aplicada». Por eso es absurdo defender la idea de una actividad intelectual que no sostenga, ni siquiera indirectamente, el desarrollo industrial. Y además: ¿para qué y para quién podría servir una ciencia semejante?

¿Promover la «investigación pública»? Por qué no, siempre que quede claro que el término en realidad designa la investigación de Estado, inextricablemente vinculada desde hace tiempo a la investigación privada, con la que comparte objetivos y maneras de pensar. El peligro radica en imaginar una investigación al servicio de las comunidades humanas, libres de definir a su vez las prioridades y la dirección en que investigar, así como los límites que habría que ponerle a la investigación. ¡Eso es como hacer apología de la pérdida de tiempo y del error humano! Sería un crimen sacrificar el futuro en nombre de la prudencia y de la democracia, esos valores arcaicos.

Por supuesto, los responsables de Salvemos la Investigación no se dejan engañar por las palabras que usan. Hay que hacer que los estudiantes sueñen para que se manifiesten para nosotros. ¿Pero qué será entonces de estos jóvenes cerebros? Para nosotros, investigadores,

hay un peligro: ya se oye hablar aquí y allá de independencia, de libertad, de espíritu crítico. Algunos empiezan a vislumbrar nuestro juego; nos reprochan nuestra antiquísima colusión con quienes nos financian y fijan nuestras grandes líneas de orientación. Pero no ven que somos nosotros los que instrumentalizamos esos poderes, pues su interés inmediato está claramente al servicio del gran proyecto de las ciencias modernas: la artificialización del mundo.

Así que es un error apelar a una mayor modestia por parte de la investigación con el pretexto de que tiene una gran responsabilidad en la caótica marcha del mundo. Algunos amargados sienten terror ante el aumento de los índices de cáncer, la destrucción de la fauna y la flora, el absurdo de la organización social o la impotencia creciente de los individuos ante todo ello... Por el contrario, para nosotros es el signo de que nuestra tarea dista de estar concluida. Estas pérdidas colaterales no son el indicio de un exceso sino de un defecto de gestión científica. Hay aquí una inmensa oportunidad, un amplio terreno de investigación transdisciplinar que se abre ante nosotros: ide la física a las ciencias sociales, pasando por la biología, todo debe ser remodelado!

¡Hemos de decir bien claro que estamos orgullosos de haber contribuido a hacer del mundo un gigantesco

laboratorio, como también estamos orgullosos de haber transformado la existencia humana en una supervivencia equipada! Por lo demás, eso es lo que ya dicen implícitamente todos los integrantes del movimiento, cuando reivindican grandes planes plurianuales de contratación en la investigaciones y aumentos de salario; es decir, el derecho de todas las personas a participar en este modo de vida, en su sistema de necesidades, en sus saqueos y en las guerras que los acompañan.

¿Y qué otra cosa podría hacerse? ¿Qué proponen, por ejemplo, quienes creen, como el oscuro Grupo Obloff, que hay que suprimir los créditos a las investigaciones perjudiciales y apuestan por dismantelar la organización industrial de la existencia? ¿Paralizar la destrucción metódica del mundo? ¿Poner fin a su artificialización? ¿Emplear antes nuestra inteligencia en comprender lo que nos ocurre y empezar a reapropiarse prácticamente nuestras vidas? Francamente, la situación ya no se presta a eso. ¿Quién puede creer honradamente que el futuro será ése?

Hungert Serdan, del círculo
de las mentes preclaras de SLR
Abril de 2009

*En la rue Marcel Duchamp
Con la música de
«Le Java de la rue
des Bons Enfants»
de Francis Lemmonier*

En la rue Marcel Duchamp
había un coloquio de sabios
sobre el fin de la energía nuclear
y la supervivencia de las lombrices.

Pero una explosión fantástica
sembró el pánico.
Algunos creyeron estar en Seveso¹
pero era algo más di... vertido:

Un ministro politécnico,
gordo como doce barriles,
había Allègre²—mente
simulado un accidente

1. Seveso es una localidad italiana próxima a Milán que en 1976 sufrió un grave accidente industrial en una planta química, liberándose al medio ambiente la dioxina TCDD, altamente tóxica. Pese a que muchos han tratado de minimizar los efectos del «Desastre de Seveso» o «el Hiroshima de Italia», un estudio de 2008 atestiguaba la gravedad de los efectos, aún vigentes: graves alteraciones en la glándula de tiroides, anomalías psicomotoras o retraso mental en niños cuya gestación se vio afectada por el accidente, además de alteraciones en el sistema inmune, nervioso y cardiovascular del resto de la población. (*N. del T.*)

2. Alusión a Claude Allègre, geoquímico, miembro del Partido Socialista, y Ministro de Educación del gobierno de Jospin entre 1997 y 2000. Además de protagonizar varios patinazos en materia científica, Allègre suscitó un amplio rechazo al poner en duda las causas del cambio climático, siendo acusado de «negacionista ecológico». En 1996, por otra parte, se negó a retirar de un campus universitario asbestos (amianto) cancerígenos, responsables de la muerte de veintidós personas, y de las enfermedades de otras ciento treinta. (*N. del T.*)

Que todos los muertos del Progreso
descansen con la conciencia en paz,
contra la anarquía climática
los científicos tienen la técnica.

De nada dudan nunca,
ni si sus modelizaciones cojean.
Cuando vislumbran el desastre
siguen diciendo «¡Vamos adelante!»

Así la cuestión social
se arregla de manera real.
Has de saber que tu mayor enemigo,
proletario, es la química.

Los sociatas han hecho de todo
para construir un mundo que les guste
a quienes nunca han creído
que el capital podría irse a la mierda.

Los cínicos, los nihilistas,
los tecnomodernos y pedantes,
no contentos con explotar
a los hombres, ¡quieren reventarlos!

En la rue Marcel Duchamp
había un coloquio de sabios.
Las batas blancas nos jaman el tarro,
nuestro único mundo está... para chata-rra.

